

R E V I S T A

ADVENTISTA

OCTUBRE 1993

Cristo te llama



Número especial dedicado
a la Semana de Oración

LLAMADOS EN CRISTO

Nuestros privilegios y oportunidades como hijos de Dios



Robert S. Folkenberg

Dios nos llama. ¡Qué pensamiento maravilloso! El nos llama *para* que le pertenezcamos, *para* que caminemos con él, *para* que lo conozcamos, *para* que lo representemos, *para* que crezcamos a semejanza suya. Del mismo modo como Jesús caminó una vez junto al Mar de Galilea e invitó a Pedro, Santiago y a Juan: "Venid en pos de mí" (Mat. 4: 19), a nosotros hoy nos hace la misma proposición. A semejanza de los pescadores de antaño, ¿lo abandonaremos todo para ir en pos de Jesús?

Querido amigo, ¿esta semana quieres unirme a mí en oración? ¿Quieres orar por ti mismo, para que puedas aceptar el llamado que Cristo te hace? ¿Quieres orar por los que fuimos llamados a desempeñar tareas de liderazgo para que podamos servir con el espíritu del Maestro? ¿Quieres orar en favor de la iglesia a fin de que podamos instarnos recíprocamente al amor y a la unidad, y de corazón podamos buscar a Dios para andar en una comunión más íntima con él?

A un servidor de ustedes le fue asignada la misión de ofrecer las lecturas para esta Semana de Oración. Dedicé muchas horas a preparar estas temas con el deseo de que resulten de real bendición para todos. Especialmente los insto a tener muy presente el asunto principal de cada exposición: Todo llamado es en Cristo. Solamente en él podemos arrepentirnos, fundar

nuestra seguridad, ser victoriosos y compasivos, experimentar el reavivamiento y aguardar triunfantes su venida. Jamás centrados en nosotros mismos, únicamente en Cristo.

"En Cristo" es una realidad maravillosa que se plantea con frecuencia en las Escrituras. La Biblia expone acerca de 2 personas que por ellas mismas sintetizan y abarcan a los que alguna vez hayan vivido en la tierra: Adán y Cristo. "Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Cor. 15: 22). Por razón de nacimiento, todos estamos en Adán, en pecado y en muerte. Sin embargo, la gloriosa verdad del evangelio es que Jesús murió por todos nosotros: ¡En él estaremos sobre la cruz! De este modo en Cristo tenemos justificación y vida.

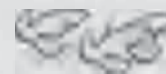
Mientras escojamos a Jesús, permaneceremos en él. ¡El es poderoso para salvarnos y para sostenernos!

Aprovechamos la oportunidad para recomendarles la Revista Adventista. Esta publicación es el vocero mundial de la iglesia que además de las lecturas para la Semana de Oración, nos ofrece en forma continua, inspiración y noticias. Cada familia debería recibirla permanentemente.

Deseo que esta semana especial nos inspire a un mayor acercamiento de los unos hacia los otros y de todos a Jesús.

*Robert S. Folkenberg,
presidente de la Asociación General.*

*Un mensaje
del presidente de la
Asociación General
al pueblo remanente*



REVISTA MENSUAL DE LA IGLESIA ADVENTISTA DEL
SEPTIMO DIA EN LA DIVISION SUDAMERICANA.
AÑO 93 — OCTUBRE — Nº 10

DIRECTOR WERNER MAYR

DIRECTOR ASOCIADO LUIS A. DEL POZO

REDACTOR RICARDO BENTANCUR

DIRECTOR DE ARTE LUIS MARSON

DIAGRAMADOR ARTURO KRIEGHOFF

FOTOGRAFO HUGO PRIMUCCI

GERENTE GENERAL ROBERTO GULLON

PTE. DEL CONSEJO EDITORIAL WERNER MAYR

GERENTE FINANCIERO ARIEL QUISPE

GERENTE DE DISTRIBUCION ARBIN LUST

GERENTE DE PRODUCCION DANIEL PEREZ

COLABORADORES ESPECIALES: SUDAMERICA JOÃO WOLFF, EDWIN MAYER; **UNION AUSTRAL** BRUNO RASO; **UNION CHILENA** CARLOS MARTINEZ, **UNION INCAICA** HAROLDO MORAN; **BRASIL** RUBENS LESSA. **OTRAS DIVISIONES** WILLIAM JOHNSON, MYRON WIDMER, KIT WATTS, CARLOS MEDLEY, EUGENE DURAND Y ROY ADAMS.

REVISTA ADVENTISTA. Editada e impresa mensualmente, mediante el sistema *offset*, por su propietaria, la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Redacción, administración y talleres:

Av. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, República Argentina.

Tel. 760-2426. Fax (541) 760-0416.

Printed in Argentina

| | |
|---------------------------|---|
| Correo Argentino | Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 269.230 |
| Florida (B) y Central (B) | Franqueo a pagar. Cuenta Nº 199 Tarifa reducida. Concesión Nº 646 |



L L A M A D O A

“Arrepiéntanse!”, vociferaba el predicador en la esquina ante el paso de estudiantes y compradores. “¡Arrepiéntanse o serán condenados!” Pero la multitud de transeúntes apenas lo miraba con cierta curiosidad; el predicador de la esquina, con su batería electrónica, contribuía al bullicio de la ciudad. Su mensaje caía en los oídos insensibles de la gente que prefería proyectos más agradables, como “¡Viva al máximo todo su potencial!”, “¡No permita que nadie lo haga sentirse culpable!”, “¡No existe el pecado, sólo elecciones de estilos de vida!”

¿Arrepiéntense? La única cosa por la que alguna vez esa gente necesitó arrepentirse fue por haberse sentido culpables. Definitivamente, el arrepentimiento está fuera de moda.

NO ESTA FUERA DE MODA

Los profetas del Antiguo Testamento nunca pensaron que el arrepentimiento estuviera fuera de moda. Hablaron mucho acerca del arrepentimiento. “Así dice Jehová el Señor —le dijo Dios a Ezequiel—: Convertíos, y volved de vuestros ídolos, y apartad vuestro rostro de todas vuestras abominaciones” (Eze. 14: 6).

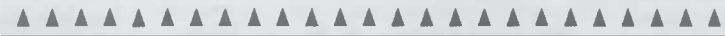
Alguien podría decir: “Sé que el Antiguo Testamento está lleno de llamados al arrepentimiento, pero el Nuevo Testamento introduce la era de la gracia”. Pero la gracia sin el arrepentimiento es, según Dietrich Bonhoeffer, “gracia barata”. La gracia sin el arrepentimiento no es gracia en absoluto, sino más bien un blanqueo barato. En realidad, el mensaje del Nuevo Testamento —el mensaje del evangelio—, es también un mensaje de arrepentimiento.

Fue el mensaje de Juan el Bautista: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 3: 2).

Fue el mensaje de Jesús: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 4: 17).

ARREPENTIRSE EN CRISTO

EL ARREPENTIMIENTO BIBLICO NUNCA ESTA FUERA DE MODA



Fue el mensaje de los discípulos: “Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen” (Mar. 6: 12).

Fue el mensaje de Pedro en Pentecostés: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hech. 2: 38).

Fue el mensaje de Pedro a Simón: “Arrepíentete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios” (Hech. 8: 22).



Fue el mensaje de Pablo: “Anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento” (Hech. 26: 20).

Fue el mensaje de Jesús por medio de Juan a la Iglesia de Laodicea: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete” (Apoc. 3: 19).

Desde Génesis 3 hasta Malaquías 4 y desde Mateo 1 hasta Apocalipsis 22 el mensaje de Dios al hombre es: “Arrepentíos”.

El mensaje de Noé a quienes se burlaban de las etapas que conducían al arca no fue: “¡Algo bueno les va a acontecer!” Amós no fue expulsado de la ciudad por proclamar: “¡Dios está en el cielo, y todo está bien en el mundo!”

Jeremías no fue echado en la cisterna por predicar: “¡Yo estoy bien, tú estás bien!”

Daniel no fue echado en el foso de los leones por decir a la gente: “¡La potencialidad del pensamiento moverá montañas!” Juan el Bautista no fue decapitado por proclamar: “¡Sonríe, Dios te ama!” En cambio, el mensaje de estos hombres de Dios se podría resumir en una palabra: “¡Arrepiéntanse!”

Pedro dice que el Señor no desea que “ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Ped. 3: 9). Las opciones son claras: ¡arrepíentete o perecerás! El predicador de la esquina proclamaba una cuestión vital, aunque su técnica necesitara algún refinamiento: “¡Arrepentíos o seréis condenados!” Por causa de su pecado, Adán nos condenó a un estado de rebelión contra Dios y nos impuso la inevitable sentencia de la muerte eterna. Ninguna buena acción o ningún mal hábito conquistado puede alterar el hecho inexorable de que estamos en rebelión contra la Majestad del cielo y, por tanto, eternamente perdidos.

¡SON BUENAS NUEVAS!

Por supuesto, cuando esto se expresa toscamente como lo hacía el predicador callejero, suena a amenaza; puede dar la impresión de que estamos ante un Dios vengativo. Pero Dios no envió “a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3: 17). En la Biblia el mensaje de arrepentimiento es una buena nueva, no malas nuevas. Jesús dijo: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mar. 1: 15). El arrepenti-

se proponen no ser atrapados de nuevo, pero no se arrepienten del exceso de velocidad.

En verdad, el arrepentimiento que Dios ofrece ve la magnitud de nuestro pecado. ¿Cuántos padres tratan de enseñar arrepentimiento a sus hijos instruyéndoles a decir simplemente "Lo siento" cuando hacen algo malo? Cuán a menudo los padres ordenan: "Muy bien, ¡ahora diganle a su padre cuánto lo sienten!" Tal confesión es forzada por causa de la autoridad del padre antes que el resultado de una sincera convicción de pecado. Cuán diferente es el "Lo siento" masculado a través de dientes apretados del sincero "Lo siento" dicho con lágrimas en los ojos y la voz quebrada. No habrá cambios en la vida si el pesar es forzado por el temor a las consecuencias para nosotros antes que las consecuencias para nuestro Señor. Ambrosio de Milán dijo: "El arrepentimiento verdadero es cesar de pecar." Y Elena de White también registró: "Este arrepentimiento, producido por la influencia de la gracia divina en el corazón, induce a la confesión y al abandono del pecado" (*Hechos de los apóstoles*, p. 267).

El problema para sentir la pecaminosidad del pecado es que vivimos en una sociedad que no solo disculpa el pecado, sino que también lo glorifica. Vivimos en una cultura que ha crecido tan acostumbrada a las tintas que ni siquiera se da cuenta de que las luces están ausentes.

La televisión presenta un desfile de personas que han perdido el poder de sorprenderse de sus propios actos y han perdido cualquier sentido de propiedad; quienes, antes que arrepentirse de pecados, hacen ostentación de sus pecados bajo el tóxico de "estilos de vida alternativos". Estamos viviendo en una nueva Edad Oscura. No hay sentido de la pecaminosidad del pecado y, consecuentemente, no hay inclinación hacia el arrepentimiento.

¿De dónde vendrá el deseo de arrepentirnos mientras vivamos en un mundo tan enlodado en pecado? El arrepentimiento es un precioso don de Jesús. "No podemos arrepentirnos sin el Espíritu de Cristo que despierta la conciencia, más de lo que podemos ser perdonados sin Cristo" (*El camino a Cristo*, p. 24).

Al arrepentimiento le sigue un sentido de la presencia de Dios y una comprensión de que él provee la única solución para nuestros problemas. Jesús dijo: "Y yo, si fuere levantedo de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Juan 12: 32). Todos tenemos que sentir su llamado. Elena de White escribió: "El pecador

A veces perdí la paciencia con mi hijo, hablé duras palabras para un adolescente, dije algo inconveniente a mi esposa y tuve la necesidad de decir: "Lo siento; estaba equivocado". Pero esto es muy difícil de hacer. El grado de dificultad que sentimos en arrepentirnos es la medida de nuestro orgullo. Nuestro orgullo nos reprime de admitir nuestro error.

A veces la conveniencia puede arrancarnos un arrepentimiento falso y a regañadientes, no el verdadero. Tal arrepentimiento fue el extralido del orgulloso corazón de Farón: "Entonces Farón mandó llamar a Moisés y a Aarón, y les dijo: He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos" (Exo. 9: 27).

VIVIMOS EN UNA SOCIEDAD QUE NO SOLO DISCULPA EL PECADO, SINO QUE TAMBIÉN LO GLORIFICA.

De Judas: "Yo he pecado entregando sangre inocente" (Mat. 27: 4).

De Acán: "Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel" (Jos. 7: 20). Con respecto a la confesión de Acán, Elena de White escribió: "Hay una enorme diferencia entre admitir los hechos una vez probados, y confesar los pecados que sólo nosotros y Dios conocemos. Acán no hubiera confesado su pecado si con ello no hubiera esperado evitar las consecuencias. Pero su confesión sólo sirvió para demostrar que no había arrepentido en su castigo era justo. No se había arrepentido en verdad de su pecado; no había sentido contrición, ni cambiado de propósito, ni aborrecía lo malo" (*Parábolas y profetas*, p. 532).

Todos ellos dijeron: "He pecado". Pero no estaban verdaderamente arrepentidos, porque no había cambios en su corazón. Sintieron remordimiento sólo porque habían sido atrapados. Son semejantes a quienes son multados por exceso de velocidad, pagan la multa y luego compran un detector de radares. Se sienten compungidos porque fueron pescados en falta, y

mento es parte del evangelio, las buenas nuevas. El arrepentimiento es buena nueva porque nos llama a reconocer que somos pecadores. Pero, ¿por qué es buena nueva reconocer que somos pecadores? Porque esta es la única manera de que reconozcamos nuestra necesidad de un Salvador y la única forma de entender nuestro mundo. Si no creemos que la humanidad ha caído de la gracia y está en pecado, ¿cómo entenderíamos la condición del mundo? ¿Cómo podríamos darle sentido a lo que vemos en la televisión o leemos en los diarios? Si nuestra conducta depravada es "normal", es obvio que la humanidad eventualmente se autodestruirá y desaparecerá en un agujero negro.

¡Las buenas nuevas del arrepentimiento es que Dios tiene la solución! Las buenas nuevas consisten en admitir que nuestro problema es el primer paso para descubrir la solución de Dios. Todo el poder del cielo llega a estar disponible para quienes eligen estar del lado de Dios en este conflicto de los siglos.

Cuando quienes sólo 7 semanas antes se habían unido al populacho vociferando "¡Crucifícale, crucifícale!" oyeron la historia de la cruz contada por Pedro, exclamaron con angustiosa convicción: "Varones hermanos, ¿qué haremos?" Y la respuesta fue: "Arrepentíos" (Hech. 2: 37, 38).

La razón que nos llama al arrepentimiento, y que nuestro mundo ignora, es el orgullo generalizado. Pocos admiten, incluso para sí mismos, que necesitan un cambio. "Soy rico y me he enriquecido y no tengo necesidad de nada" describe a muchos, dentro y fuera de la iglesia. Es muchísimo más confortable culpar a un paciente, a la herencia, al sistema, a la dieta de comida enlatada, a algo o a nada, pero nunca culpamos a nosotros mismos. La sociedad nos enseña que no somos responsables mientras podamos hallar algo/alguien a que/quien culpar. Como verá, el orgullo rechaza el arrepentimiento como innecesario y conduce a la autoestima en lugar de la receta de Cristo para obtener paz. Thomas Carlyle dijo: "De todos los actos del hombre, el arrepentimiento es el más divino. La mayor de todas nuestras faltas sería la conciencia de nada".

Alguna vez ha argumentado con un amigo sobre algún tema, con la certeza de que usted está en lo cierto, para descubrir más tarde que estaba equivocado? ¿Alguna vez da dicho "Lo siento; estaba equivocado, tu estas en lo correcto"? ¿Cómo se sintió?

puede resistir este amor, puede rehusar ser

atraido a Cristo; pero si no se resiste será atraído a Jesús" (*Ibid.*, p. 26). Así como Pablo declaró a los judíos legalistas: "¿Menospreciadas las riquezas de su benignidad, paciencia y

longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?" (Rom. 2: 4). El atribuyente poder del Espíritu Santo es uno de los más grandes dones de Dios. En la medida que respondamos seremos más sensibles a su poder y presencia.

El arrepentimiento no es un comportamiento nuevo que agregamos a la lista de cosas buenas que hacemos los cristianos. Es el resultado de un corazón abierto a las indicaciones del Espíritu de Dios. "Mientras [el pecador] contempla al Cordero de Dios sobre la cruz del Calvario, los misterios de la redención comienzan a revelarse a su mente y la bondad de Dios lo guía al arrepentimiento" (*Review and Herald*, 1^o de abril de 1890).

Marjorie Camper ilustra este principio con una experiencia que compartió con su hijo de 6 años. Un día de primavera, cuando los 2 estaban en el jardín, la Sra. Camper se encontraba absorta en sus trabajos de jardinería mientras el pequeño exploraba las maravillas del crecimiento de las plantas en distintos rincones. En un momento determinado arrancó un pimpollo de narciso atropetado, se sentó en el suelo y comenzó a estudiarlo. Luego, con sus manos pequeñas trató de forzar al pimpollo a abrirse en forma de capullo pleno... pero sólo consiguió que los pétalos se deshicieran.

Frustrado, gritó: "¡Mami, míral! ¿Cómo hace Dios para abrir la bonita flor?" Pero antes que su madre le diera una respuesta, él hizo su propio descubrimiento: "¡Oh, ya sé! Dios trabaja desde adentro".

El arrepentimiento es una semilla que crece en el terreno del corazón que está cultivado por la presencia de Jesús. No es una máscara para cubrir nuestros pecados. Es la disposición para abandonarlas gracias al poder de Jesús.

Cualquier arrepentimiento motivado por el temor al castigo o un deseo de recompensa no es arrepentimiento bíblico y no producirá un cambio real en el corazón.

La restitución es el resultado natural y esencial del arrepentimiento de corazón: "Si hemos pecado contra el Señor, nunca tendremos paz y seremos restituidos a su gracia sin una confesión y una reforma plenas con respecto a las mismas cosas en las que hemos sido remisos. No será hasta que hayamos

usado todos los medios que están a nuestro alcance para reparar el mal, que Dios podrá aprobarlos y bendecirlos. La senda de la confesión es la humillación, pero es el único medio por el cual podemos recibir fortaleza para vencer" (*Ibid.*, 22 de mayo de 1888).

¿Alguna vez ha sido culpable de arrodillarse de noche al borde de su cama y hacer una confesión general? "Querido Padre, si he cometido algún error hoy, perdóname". Tales oraciones rituales no manifiestan pesar y no dan evidencias de que nuestros pecados costaron el cielo. Cuando nuestras oraciones llegan a ser formalidades hipócritas antes que el clamor de corazones quebrantados, con el tiempo dejamos de orar. Tal formalidad era típica en los días de Martín Lutero, cuando el pecado era visto por muchas personas como anotación en un balance que Dios conservaba en el cielo y que se podía modificar por medio de la compra de indulgencias. Pero Lutero puso el pecado en el contexto de las relaciones. La primera de sus 95 tesis, que clavó sobre la puerta de la iglesia de Wittenberg, decía: "Cuando nuestro Señor y Maestro Jesucristo dijo 'arrepentíos', deseaba que toda la vida de los creyentes fuera de arrepentimiento".

A TRAVÉS DE LOS OJOS DE DIOS

"Yo —dijo Cristo—, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Juan 12: 32). Nuestro problema fundamental es que

venmos al mundo a través de nuestros ojos antes que a través de los ojos de Dios. Sin un sentido del pecado, no sentimos necesidad de arrepentimiento. Cuando nuestra perspectiva sobre los valores de la vida está modelada más por los mercaderes del vicio que por Jesús, cuando nuestra visión de la vida está determinada más por el mundo secular que por los valores del cielo, cuando todo es levantado excepto Jesús, entonces lo celestial se convierte en común y lo eternal pierde su atractivo.

Nos daremos cuenta de la pecaminosidad del pecado sólo cuando gastemos tiempo con Jesús, queriendo realmente conocerle y comprender algo de las profundidades de su amor por nosotros y de su tristeza cuando nos apartamos de él. Nuestra reacción hacia nuestras propias falencias será: "¿Cómo pude quebrantar el corazón de quien tanto me ama?"

Veremos que nada que rompa nuestra relación con Jesús puede ser llamado "sólo un pecado pequeño". Nuestro mayor deleite será vivir en armonía con él.

Uno de los clásicos relatos bíblicos sobre el arrepentimiento es el que Jesús contó sobre el fariseo y el publicano. Jesús narró esta parábola para quienes confían en su propia justicia y miran por encima del hombre a los demás:

"Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pécador. Os digo que éste descendió a su casa justificado. Os digo que el otro, porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido" (Luc. 18: 10-14).

La parte del relato que más me gusta es esta: "Este descendió a su casa justificado". Existen respuestas a los problemas que enfrentamos. Hay perdón. El "descendido a su casa justificado". La siera del Señor, comentando este relato, escribió: "Dile al enemigo que sabes que tus vestiduras están manchadas con pecado, pero que por la fe reclamas la justicia de Cristo. Vuelvete a Jesús y cuéntale todas tus tribulaciones. Cristo ve todos nuestros incidentes y conoce todas nuestras tentaciones y tristezas" (*Signs of the Times*, 11 de abril de 1892).

¿Le gustaría hoy regresar a casa justificado? El pobre fariseo, iluso, le quiso recordar a Dios todos sus puntos buenos y autoconvencerse de que todo estaba bien. El fariseo fue a su casa con sus problemas blanqueados, con un delgado revestimiento de justicia externa y de factura humana. Si nos escondemos detrás de una capa farisaica, finalmente se resquebraja. Todo el que se aventure a una vida de dependencia propia, sin reconocer la necesidad de arrepentimiento y busque vivir apartado de Dios, se separará a sí mismo de Dios, la fuente de vida.

De manera que el fariseo volvió a su casa iluso y autoengañado. El publicano también regresó a su hogar, pero sus problemas le fueron quitados. Su corazón estaba tan liviano como una pluma. ¿Cómo me gustaría volver a mi casa hoy? Tómese un momento ahora para contarle a Jesús cómo le gustaría volver a su hogar.

¡Volvamos a nuestras casas con corazones aliviados y gozosos porque el Señor ha sido misericordioso y nos ha perdonado. Podemos vivir con la plena seguridad de la salvación. (Este será nuestro estudio de mañana.)



L L A M A D O S A

TENER CONFIANZA EN CRISTO

¿COMO ESTAR SEGUROS DE LA SALVACION?

D las 2 de la madrugada despegué en el Piper Azteca de la misión desde Sacramento, California, rumbo a Ciudad de Guatemala. La ruta más corta para hacer la primera escala en Acapulco, México, era volar casi 1.000 km sobre el

Océano. Al aproximarme a Tapachula, que por varias horas sería el último punto de referencia, encontré una tormenta en la zona. Para evitarla, enfilé al oeste, directo al Golfo de Tehuantepec. Al avanzar encontré otro frente de mal tiempo en el que se perfilaban nítidamente varias tormentas. ¡Finalmente supe que había sido la cola de un huracán del cual no me advirtieron al programar el vuelo! ¡El mal tiempo avanzaba en dirección a Hawái y no contaba con suficiente combustible para llegar allí! A mi derecha tenía una gigantesca nube que arrojaba rayos amenazadores y mi temor era que tal vez tendría que atravesarla.

m Cuando la radio me indicó que estaba volando sobre el Pacífico, al oeste de Acapulco, descubrí que no tenía más alternativa que enfilar rumbo a la tormenta. Para ello elegí un lugar donde por el momento no había rayos; de pronto estuve sumergido en la obscuridad. El instrumental que mide la velocidad de ascenso vertical indicó que las corrientes ascendentes nos remontaban unos 1.800 m por minuto, y en sentido inverso, con la misma velocidad. Además, de pronto me vi rodeado como por una explosión de rayos enneguecedores que no me permitieron ver el instrumental que tanto necesitaba. En esas condiciones dependía del ruido de los motores para poder guiar la aeronave. ¡Qué alivio sentí cuando después de 15 minutos apareció un claro a través del cual escapé de la tormenta!

i Sentirse físicamente inseguro es terrible; pero sentirse espiritualmente inseguro es mucho peor. David lo experimentó después de haber cometido adulterio con Betsabé. A Saúl le sucedió lo mismo cuando salió a buscar a la pitonisa de Endor. A veces sentimos inseguridad como resultado de un pecado específico que cometimos, pero más a menudo es una vaga ansiedad que nos sobrecoge aunque sea por hacer cosas relacionadas con el reino de Dios.

¿Han escuchado la expresión "plan de seguros contra todo riesgo"? Este plan cubre todo. En lugar de un "plan de seguros contra todo riesgo", necesitamos un "plan seguro contra todo riesgo". Necesitamos sentir que en Cristo tenemos un plan seguro con cobertura total.

Ayer estuvimos reflexionando acerca del arrepentimiento como una respuesta sincera y profunda a la influencia del Espíritu Santo.



Vale la pena tomar conciencia de que cualquier condición pecaminosa produce eterna separación de Dios; pero el Señor nos garantiza amor y perdón si es que lo aceptamos por fe. Este tipo de arrepentimiento, nacido de un corazón henchido de amor a Jesús, genera seguridad.

Dios anhela que sus hijos descansen confiados en su amor. Cuando la gente no experimenta dicha seguridad, es asaltada por la culpa que despierta la ansiedad. Dada esa realidad, Jesús pone a nuestro alcance este plan "seguro de cobertura total". "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán, ni nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10: 27, 28).

En esto consiste la seguridad celestial: "nadie las arrebatará de mi mano". Posiblemente algunos adventistas del séptimo día han errado por el hecho de identificarse con el concepto "una vez salvo, siempre salvo", cuya idea es que el que está salvo, no se pierde. Mientras es verdad que nadie puede arrebatarnos a los creyentes cuya seguridad está en Cristo, estos tienen

la libertad de decidir abandonar esa confianza. Jesús nos garantiza que no existe poder en el cielo, menos en la tierra, que pueda despojarnos de esa seguridad, en la medida en que decidamos estar en él. Podemos elegir abandonarlo, pero nadie puede forzarnos. Mientras decidamos permanecer en Cristo, estaremos seguros.

UNA FE PERSEVERANTE

La justicia que nos habilita para el cielo, ahora y en el juicio, es siempre en Cristo.

Satanás no puede tocarnos. "Tanto nuestro derecho al cielo como nuestra idoneidad para él, se hallan en la justicia de Cristo" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 267). Pero la fe, que hace efectiva la justificación, está en nosotros, y no en el cielo. Es esta fe que Satanás intentará destruir. En la medida en que cultivemos una fe perseverante, nuestra seguridad en Cristo estará garantizada. Esta es la razón por la cual Cristo dijo: "El que persevera hasta el fin, éste será salvo" (Mat. 10: 22).

Una oscura noche sin estrellas, mi hijo Bobby y yo, salimos de una casa de paja de la isla San Blas en dirección a nuestra cabaña. Al salir Bobby buscó mi mano y musitó: "Papi, tengo miedo. No puedo ver". Seguidamente su mano se aferró de la mía y le escuché decirse a sí mismo: "Ahora sí puedo ver". Al sentirse seguro, mi hijo perdió el miedo.

No es el plan que caminemos tambaleándonos en forma insegura por el sendero, desconfiando de que Dios nos abra la puerta cuando lleguemos al cielo. Al contrario, nos insta a que nos acerquemos "confiadamente al trono de la gracia" (Heb. 4: 16). También nos garantiza: "Al que a mí viene, no le echo fuera" (Juan 6: 37). Con estos antecedentes, ¿podremos preocupar-

nos respecto de su aceptación cuando nos acercamos a él? Dios inspiró a Juan para que diga: "Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna" (1 Juan 5: 13).

Algunos podrán decir, "sabemos que Dios es fiel, pero nuestra seguridad no se funda en lo que Jesús dijo, ¡más bien reside en lo que nosotros hacemos! ¡La fuente real de nuestra seguridad no está en Jesús sino en nuestros pecados! Sabemos que cuando recibimos a Cristo, la salvación es un regalo pero, ¿qué hay en cuanto a los errores que después de todo hemos cometido?"

ASIENTOS MUSICALES

Es un problema cuando se entiende que el evangelio son buenas nuevas condicionales. Este planteamiento me hace recordar el juego de los asientos musicales. Si estamos "fuera" cuando el juego termina, perdemos. Si resbalamos cuando cesa la cortina musical, si estamos caídos cuando se cierra el tiempo de gracia, estaremos bien perdidos. De este modo, para muchos, el juego de la vida se parece al entretenimiento de los asientos musicales. Es importante estar cerca a una silla, cuando la música se detiene, para alcanzar a confesar el último pecado antes de morir. Semejante enfoque de la salvación nos hace sentir inseguros, nunca confiados en nuestra relación con Dios.

Al morir, ya sea por accidente o cáncer, nuestra salvación quedará determinada más por la dirección que ha tenido nuestra vida, que de algún simple error que hayamos cometido. Si es que la salvación dependiera del hecho de evitar ciertas conductas, entonces la salvación dependería de nuestra capacidad para evitar en forma perfecta dichos comportamientos. Puede hacerse una lista sin fin de proceder semejante a la que había en el Talmud judío. Pero si el pecado es mucho más que comportamientos, es perder la fe en Dios, entonces nuestra seguridad está en relación directa con la comunión que tengamos con él. La relación con él es la que proporciona dirección espiritual a la vida. Dicha relación y dirección, genera seguridad en Cristo. Elena de White dijo: "El carácter se da a conocer no por las obras buenas o malas que de vez en cuando se ejecutan, sino por la tendencia de las palabras y de los actos de la vida diaria" (*El camino a Cristo*, p. 57).

El evangelio es sencillo. Es ir a Jesús para confesar el pecado y para pedirle fuerzas con el

propósito de vivir por él cada día. Es también confiar por fe la promesa de que nos acepta, que nos cubre con su justicia y nos da la seguridad de que completará la obra de gracia que comenzó en nosotros. Si durante el día tropezamos, inmediatamente volvamos a Cristo nuestra mirada. Al perdonarnos, nos dará también su paz.

Cierto conductor advirtió que junto al camino estaban unos jóvenes llevando una pesada carga. Decidió ayudarlos. Se detuvo para preguntarles si querían que los llevara. Agradecidos los muchachos subieron al camión. Después de andar un tiempo, al mirar por el retrovisor, se dio cuenta de que cada joven llevaba su pesada carga sobre las espaldas. Se detuvo para preguntarles por qué no la dejaban sobre la plataforma del camión.

NUESTRA SEGURIDAD ESTA EN RELACION CON LA COMUNION QUE TENGAMOS CON EL.

Uno de ellos en forma espontánea respondió: "Señor, usted ya ha hecho suficiente con llevarnos a nosotros. Lo menos que podemos hacer es llevar nuestra propia carga".

Cuántos hay que piensan del mismo modo con relación a la vida eterna. Jesús nos da la vida eterna —razonan—, lo menos que podemos hacer es aferrarnos a nuestras propias cargas. Subimos al camión de la iglesia, pero jamás deponemos nuestras cargas de culpabilidad, de pecado y de nuestra inseguridad para dejarlas a los pies de la cruz. Las buenas nuevas residen en que Jesús nos da vida eterna hoy. Exaltamos a Cristo y su justicia en nuestra vida cuando confiamos plenamente en él.

El espíritu de profecía dice: "La vida en Cristo es una vida de reposo. Puede no haber éxtasis de la sensibilidad, pero debe haber una confianza continua y apacible. Tu esperanza no está en ti; está en Cristo. Tu debilidad está unida a su fuerza, tu ignorancia a su sabiduría, tu fragilidad a su eterno poder" (*El camino a Cristo*, p. 70).

Los creyentes, a lo largo de la historia, han tenido diversas maneras de entender la seguridad. Un grupo ha puesto el énfasis en la obediencia como parte de la experiencia de la salvación. Ellos tienen temor de hablar acerca de la "seguridad de la salvación", o de la "confianza en Cristo", porque puede conducirlos a una "gracia barata", y a continuar tolerando las conductas pecaminosas. El otro grupo puso el énfasis en la parte que Dios tiene en nuestra salvación. Temen que al hablar de obediencia y de una vida cristiana victoriosa, los va a conducir a la inseguridad y a la no confianza en la salvación, y que los dejará sin paz.

La Sra. White tiene orientación para ambos grupos. Por un lado ella dijo: "Nunca debe enseñarse a los que aceptan al Salvador, aunque sean sinceros en su conversión, a decir o sentir que están salvados. Eso es engañoso" (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 119).

Por el otro lado ella escribió: "No debemos hacer de nuestro yo el centro de nuestros pensamientos, ni alimentar ansiedad ni temor acerca de si seremos salvos o no" (*El camino a Cristo*, p. 71). Y otra vez escribió: "El pecador que viene a Cristo con fe, liga su alma a la del Redentor, unida en vínculos santos con Jesús... Mediante la fe y la experiencia desarrolla tal confianza que Cristo, además de desear, lo salvará hasta el fin. Esta seguridad trae a su ser confianza perdurable, paz y alegría que sobrepasa el entendimiento" (*Signs of the Times*, 3 de agosto de 1891).

La respuesta a nuestras preocupaciones acerca de nuestra salvación reside en mantener las 2 posiciones planteadas.

La idea de que nadie puede arrebatar a los salvos de las manos de Jesús, debería ser motivo de mucha tranquilidad para cada uno de nosotros: "Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10: 29). La idea de que estamos en el refugio de las manos de Dios, debería darnos la certeza de la salvación. Cristo desea que sepamos dónde estamos con él. Al igual que Bobby en la obscuridad de la noche, todos necesitamos sentirnos seguros.

Sería una aberración para los hijos de Dios, que mientras claman por la seguridad de la salvación, persistan en la práctica de algún pecado que conocen. O, lo que es más peligroso, racionalizar respecto al estilo de vida cuando no armoniza con lo que Dios espera para nuestro propio desarrollo personal. En ningún caso la seguridad en Cristo es una licencia a la permisividad.

La justicia es la práctica del bien, y es por sus hechos por lo que todos han de ser juzgados. Nuestros caracteres se revelan por lo que hacemos" (*Palabras de la vida del gran Maestro*, p. 254).

En cierto sentido la experiencia de la salvación se parece al matrimonio. Como es evidente, en la relación de pareja no siempre todo es perfecto y si alguien pregunta si estamos casados, nunca respondemos "me estoy empenando en esto", o "trato de estarlo", o "trato de estarlo". La inseguridad descarta el regalo de la justificación.

Permitíame preguntarle: ¿Es a causa de nuestros hechos que recibimos la salvación? ¿El hijo prodigo fue recibido en casa por motivo de sus buenas acciones? ¿Por supuesto que no! El fundamento de la salvación está en la gracia y no en las obras. Fuimos reconciliados con Dios por la sangre de su Hijo Jesucristo mientras éramos como dice Pablo "debiles", "pecadores", "enemigos" (Rom. 5: 6-10). Dios nos recibe tal como somos.

Ahora, si es que no recibimos la salvación por nuestras obras buenas, ¿la perdemos a causa de las malas acciones? La respuesta es sí y no. Un acto pecaminoso es tanto resultado inevitable, cuanto evidencia de una relación que se quebró entre nosotros y Dios. La verdad es que perdemos la salvación cuando perdemos la fe en el Salvador. Pablo lo dice de este modo: "Y todo lo que no proviene de Dios es pecado" (Rom. 14: 23). La salvación no está sujeta a la conducta, sino es dependiente de la fe. Los actos pecaminosos son síntomas del quebrantamiento de la relación con Cristo. Los comportamientos pecaminosos, son síntomas de la enfermedad del pecado.

¿Será que Dios disciplina o aprueba una conducta pecaminosa? Al contrario. Hace provisión de los poderes celestiales para darnos victoria sobre el pecado. De todos modos, la enfermedad del pecado se cura en virtud de nuestra relación de fe con Jesús. Cuando cultivar la relación con Cristo es para el creyente lo más importante, el resultado es, gracias al poder del Espíritu Santo, obediencia, abandono del pecado y semejanza a Jesús.

Por favor, no quiero que piensen que estoy sugiriendo que el asunto de la conducta no es trascendente. Las manchas que produce el sarampión son muy importantes. Nos dicen que algo

MEDICINA PREVENTIVA

no está bien y que necesitamos recurrir al médico. Del mismo modo, las malas acciones nos indican que algo no está bien, y que necesitamos ir a Cristo para que nos trate. Cuando, inspirados por el Espíritu Santo, vamos a Jesús con un corazón quebrantado por el arrepentimiento, además del perdón, nos da poder para vencer.

Elena de White dijo: "El mensaje que Dios me dio para nosotros es, 'el que a mí viene, no me dio para nosotros es, 'el que a mí viene, no le echo fuera' (Juan 6: 37). Si para suplicarle a Dios no tiene nada más que esta única promesa del Señor y Salvador, tenga la certeza que nunca, nunca será desoído. Podrá parecerle que esta promesa de una única promesa, apropiése de ella, y le abrirá todos los ricos tesoros de la gracia de Cristo. Aférrase a esta promesa y estará seguro. 'El que a mí viene no le echo fuera'. Preséntese a Jesús con esta certeza y usted estará tan seguro como si ya estuviera en la ciudad de Dios" (*Manuscript Releases*, t. 10, p. 175).

¿Podremos tener una promesa más maravillosa que esta? Podemos estar "tan seguros como si ya estuvieramos en la ciudad de Dios", si es que nos aterramos a ella.

Hay una parábola que cuenta de un padre que tuvo gemelos. Era el orgullo del papa. Deseoso de hacer lo mejor en favor de ellos, en su testamento estableció un fondo de modo que tuviera recursos cuando los necesitaran para formar sus propias familias.

En el testamento también había una provisión para que cuando cumplieran los 21 años, cada uno recibiera un automóvil nuevo. El compromiso era ir hasta el representante de la firma Mercedes Benz para elegir el que más les gustara. Cuando cumplieron los 21, uno de los hijos, Tomás, fue al abogado que administraba el testamento para preguntarle si era verdad que podía ir al concesionario de la Mercedes Benz para elegir su automóvil. La respuesta fue, "por supuesto".

Tomás se dirigió entonces al Colegio de Abogados con el fin de recabar antecedentes sobre el profesional que estaba administrando los fondos. Le respondieron que todo estaba en regla.

No habiendo quedado satisfecho, Tomás fue a una biblioteca pública para estudiar bien el tema de los testamentos y legados. Allí descubrió que se da el caso de padres que rescinden el testamento. Esta información lo preocupó de modo que por meses continuó profundizando

en el tema de la rescisión.

El hijo llegó a ser una autoridad en este aspecto del asunto. En la medida que iba encontrando maneras para evitar el problema, se fue sintiendo más inseguro de poder realmente conseguir su Mercedes Benz. Finalmente resolvió llamar nuevamente al abogado para hacerle una serie de preguntas.

¿Cuenta el testamento con los testigos apropiados? ¿Será que el notario está suficientemente habilitado? ¿Está debidamente firmado por mí padre? ¿Será que le falta alguna página? ¿Será que alguno de los parientes se está interponiendo, o está pretendiendo que se postergue la ejecución? Todas tuvieron sus respuestas. Pero faltaba otra, "¿Será que existen los fondos necesarios como para pagar un vehículo semejante?" "Facilmente", respondió el abogado. Por varios meses Tomás siguió pensando si valía la pena correr el riesgo de ir a la Mercedes Benz. Ya había pasado 1 año desde que había cumplido los 21 y todavía no tenía el automóvil con el cual había soñado. Caminando, encuentra a su hermano que no había visto desde la muerte del padre, conduciendo un Mercedes Benz.

—¿Dónde lo conseguiste?— le preguntó Tomás.

—No sabías del fondo? ¿El abogado no te informó?

—Sí— respondió Tomás— La verdad es que nunca estuve bien seguro acerca del asunto porque se dan muchos casos en que los padres rescinden sus testamentos.

—Escucha, Bill: El papa dejó en el testamento las instrucciones para que el abogado, dentro del año, te proporcionara un automóvil nuevo cuando cumplieras los 21. Ahora ya es demasiado tarde.

—Yo sabía que este asunto no iba a resultar— respondió Tomás y agregó:—Sabía que algo iba a salir mal.

Mis hermanos, tenemos la promesa. No es pere otro momento. ¿Quisiera aprovechar ahora la promesa de Dios? Exaltamos a Cristo y su justificación cuando la solicitamos. El quiere que cada uno de nosotros tenga la seguridad sobre el profesional que estaba administrando los fondos. Le respondieron que todo estaba en regla.

Tomás se dirigió entonces al Colegio de Abogados con el fin de recabar antecedentes sobre el profesional que estaba administrando los fondos. Le respondieron que todo estaba en regla.

No habiendo quedado satisfecho, Tomás fue a una biblioteca pública para estudiar bien el tema de los testamentos y legados. Allí descubrió que se da el caso de padres que rescinden el testamento. Esta información lo preocupó de modo que por meses continuó profundizando





L L A M A D O S

PARA LA VICTORIA EN CRISTO

P E R F E C T O S E N E L



Juan lucha con sus pensamientos sensuales. Con frecuencia había orado a Dios que lo liberara. Todavía batallaba contra ellos. Le parece que Dios no responde sus oraciones. ¿Qué debería hacer?

Sally lucha con su apetito. Tiene sobrepeso, y le ha pedido a Dios que le disminuya el apetito, pero sin resultados positivos. Parece que sucumbe

ante cada nueva tentación. Está cada vez más convencida de que Dios ya no se interesa en ayudarla a vencer al apetito.

Federico tiene la sensación que no es lo suficientemente bueno. No importa cuánto bien haga en favor de la iglesia y cuál sea el monto de dinero que da como ofrenda, no posee la paz que al parecer otros tienen. Asiste regularmente a las reuniones de la iglesia, pero no está seguro de que Dios lo acepta.

Estos casos retratan los dilemas que todos enfrentamos en un sentido o en otro. Incluso la misma Biblia nos deja perplejos. Por un lado expresa la voluntad de Dios: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mat. 5: 48). Por el otro, nos identificamos con Pablo, cuando dice: "La ley es espiritual; más yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco eso hago" (Rom. 7: 14, 15).

Pienso que cada uno de nosotros sabe lo que debería hacer, pero nos sentimos impotentes para lograrlo. Ya sea que se trate de conductas que no podemos superar o de un buen comportamiento que nos gustaría adoptar. La victoria se nos escapa. Como consecuencia de sus derrotas, el desalentador ciclo mencionado induce a muchos a que lleguen cuando menos a 2 conclusiones: 1) ¡Que no somos lo suficientemente sinceros cuando pedimos a Dios que nos dé la victoria! Es nuestra falta. 2) Que Dios no tiene interés de darnos la victoria. ¡Es falta de Dios!

No podemos realmente culpar a Dios. Entonces, nos quedamos con la otra conclusión: ¡No somos lo suficientemente sinceros

cuando le pedimos a Dios que nos dé la victoria! Es falta nuestra. En consecuencia, ahora, en lugar de tener sólo un problema para batallar, que es el original, tenemos otro, porque nos falta la fe suficiente para librarnos de la situación por nosotros mismos.

La justificación y la santificación han sido los temas de muchos libros escritos durante la historia cristiana. Si definimos 2 palabras estare-



mos más cerca de encontrar la victoria en nuestra vida. Estas son: "pecado" y "justificación".

¿Qué es pecado? La Biblia nos dice, "Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley" (1 Juan 3: 4). ¿Cuál es la ley? La mayor parte piensa de inmediato en los Diez Mandamientos.

Entonces, concluimos que para evitar el pecado, o la transgresión de la ley, no haremos ciertos actos pecaminosos. Definimos la victoria sobre el pecado como el hecho de no practicar ciertas cosas como, "robar, matar, cometer adulterio, codiciar, o dar un falso testimonio".

Si esta es nuestra comprensión acerca del pecado, somos "perfectos" como lo es nuestro Padre celestial (Mat. 5: 48). Entonces la solución para el pecado es dejar de hacer las cosas mencionadas. La estrategia consiste en preparar una lista para después ponerle una marca frente a lo que dejamos de hacer. Cuanto más sean las marcas que ponemos, tanto más

perfectos seremos, hasta que dejamos de cometer el último acto pecaminoso. Entonces ya estamos santificados.

Este planteamiento define la bondad como evitar la maldad. Además, estimula a mejorar el cuadro de bondad cuando señalamos la maldad en otros. Lo que necesitamos llegar a comprender es que, mientras algunas acciones específicas son pecaminosas, el problema del pecado es más serio, y se extiende mucho más allá de una simple lista de hechos pecaminosos.

En lugar de este enfoque, sugiero que no consideremos los "pecados" como el problema. El pecado es el problema. La solución no está simplemente en abstenerse de pecar. Esto es correcto, pero digo que el problema no se resuelve simplemente dejando de hacer actos pecaminosos sino llegando a la misma raíz del pecado.

Nuestros actos pecaminosos son sólo un síntoma del problema. En realidad, el problema del pecado reside en nuestra naturaleza. Pablo lo describe de este modo: "Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (Rom. 7: 23). Es por esto que clama, "¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte" (vers. 24)? Con certeza, el pecado es mucho más serio que cometer actos pecaminosos.

Para eliminar la oscuridad de una habitación, no intentamos juntar la oscuridad y arrojarla del cuarto. Simplemente encendemos una luz. La solución para el problema del pecado es encender la luz, no concentramos la oscuridad. Centrarnos en los actos pecaminosos nos deja en la condición expresada por Jeremías: "¿Mudará el etíope su piel, y el leo-

pardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal" (Jer. 13: 23)?

Cuando pensamos en la necesidad de una experiencia cristiana victoriosa por la vía de dejar de practicar ciertos pecados, ocurre una de las 2 situaciones siguientes: o tenemos éxito o fracasamos. Si tenemos éxito, o por lo menos creemos tenerlo, nos transformamos en fariseos modernos. Si fallamos como Juan, Sally y Federico, nos hundimos en la desesperanza y la angustia. Como podrán apreciar, el pecado no es una simple lista de hechos para evitar. Es una condición. Es la realidad de nuestra naturaleza rebelde y pecaminosa que produce ese tipo de hechos. Pablo dijo que por naturaleza estamos muertos en delitos y que somos hijos de ira (Efe. 2: 1-3).

El pecado está enraizado en las profundidades de nuestro ser. En el Antiguo Testamento este hecho es evidente. También lo dijo Jeremías, "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?" (Jer. 17: 9). Si somos sinceros, al analizar las profundidades de nuestro corazón, descubriremos malos pensamientos y motivos, que como las manchas del leopardo, tampoco las nuestras podemos borrar. No son sólo los hechos malos del pasado que nos gustaría esconder de la mirada de los otros y de Dios; también las evidencias de nuestra naturaleza que es tan pecaminosa, que ni siquiera tenemos la capacidad de reconocer la gravedad del problema que nos aflige. El pecado no es una acumulación de hechos que podamos arreglar de a uno a la vez. Es una condición del corazón que se manifiesta en nuestro comportamiento pecaminoso.

¿Qué es el pecado? No es una acumulación de escaramujos que se pueden raspar de la cáscara de nuestra buena apariencia. El pecado en la vida es más que la cáscara de una cebolla. Después de todo, removiendo sus capas tampoco sirve, porque la cebolla no es más que una sucesión de capas. Pelar un pecado a la vez, no hace más que dejar el siguiente.

COMO EL SARAMPION

Vérselas con el pecado es como tratar al sarampión. Si la preocupación reside en la apariencia, basta utilizar bastante maquillaje para dar la impresión de que no tiene nada. Podremos parecer perfectamente bien, cuando en verdad estamos infectados.

Si se trata la infección, la apariencia no preocupa tanto. En ese caso, no hay que preocuparse por el maquillaje, pero sí por tomar remedios para detener la enfermedad.

Si el pecado fuera una acción o una conducta, entonces tendríamos que arreglar uno por uno nuestros pecados. Pero si el pecado es una enfermedad, tenemos que atacar la infección. El pecado está en las fibras más íntimas del corazón y no se cura con maquillaje sino con trasplante. La victoria sobre el pecado tiene que venir primero. Esto nos conduce a la victoria sobre el comportamiento pecaminoso.

La segunda palabra que necesitamos definir es "justificación". Del mismo modo como tratamos de pensar que el pecado son los errores que cometemos, o que son hechos malos que tenemos que eliminar, también pensamos que la justificación son hechos buenos que se añaden, o la falta de malas acciones.

LA VICTORIA SOBRE EL PECADO RADICA EN EL TRASPLANTE DE CORAZON. DIOS LO PROMETE.

En cuanto a la justificación, tenemos la tendencia a pensar como el joven rico, "Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna" (Luc. 18: 18)? En verdad le estaba diciendo a Jesús: "He hecho tantas cosas buenas, pero quizá se me escapó alguna que tú podrías recordar para añadirla a mi lista".

Siendo que el pecado no consiste en una acumulación de actos pecaminosos, tampoco la justificación es la suma de hechos justos, o una lista de malas acciones que han sido superadas. La santificación no es una obra de rectificación ni de un remiendo a algunas actitudes rotas. Tampoco es la suma de buenas ac-

ciones o la sustracción de las malas. La santificación se la compara con un trasplante de órgano mediante el cual nuestro corrupto corazón de piedra es remplazado por uno de nueva creación.

La victoria sobre el pecado no es como descubrir una herramienta nueva que tenga la capacidad de introducir ajustes en el carácter, ni como ir al quiropráctico para tratar la espalda. Tampoco se trata del hallazgo de alguna nueva herramienta que nos permita raspar los escaramujos que se acumulan sobre la cáscara de nuestra buena apariencia. Dios propicia algo totalmente nuevo, no pretende remendar nada.

¿En qué reside la victoria? No es dejar la práctica de hechos malos ni es añadir acciones justas. La victoria radica en el trasplante de corazón. Dios lo promete, "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne" (Eze. 36: 26). El nuevo corazón estará lleno de fe en Dios en lugar de un espíritu de rebelión contra él. Pablo dice, "Todo lo que no proviene de la fe es pecado" (Rom. 14: 23). Si no procede de la fe, y si no se genera en el nuevo corazón, es pecado.

No debemos preocuparnos sólo por el comportamiento pecaminoso ni tampoco por añadir a nuestra experiencia acciones que sean justas, pero sí de establecer una íntima relación con Jesús. Elena de White dice, "Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad a su voluntad, que cuando lo obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos. La voluntad refinada y santificada, hallará su más alto deleite en servirle. Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia. Si apreciamos el carácter de Cristo y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso. Así como Cristo vivió la ley en la humanidad, podemos vivirla nosotros si tan sólo nos asimos del Fuerte para obtener fortaleza" (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 621, 622).

Pablo dijo que Cristo era a la vez nuestra justificación y santificación: "Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención" (1 Cor. 1: 30).

UNA PROMESA PARA MEMORIZAR

Deberíamos memorizar esta inspiradora promesa, "Y el mismo Dios os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará" (1 Tes. 5: 23, 24).

Dios nos considera como sus hijos e hijas y espera que experimentemos la vida santificada. Su promesa es que lo hará en nosotros día tras día, por intermedio del poder de su Santo Espíritu. Nos corresponde invitarlo a que permanezca en nuestro ser cada momento. Cultivemos el hábito de orar sin cesar. Cuando despertemos, que nuestros primeros pensamientos estén centrados en él. Agradezcámosle por el amanecer e invitémoslo a que le dé a nuestra vida un nuevo sentido durante todo el día.

"No es suficiente que creamos que Jesús no es un impostor, y que la religión de la Biblia no consiste en fábulas artísticamente compuestas. Podemos creer que el nombre de Jesús es el único nombre debajo del cielo por el cual el hombre puede ser salvo, y sin embargo, no hacer de él, por la fe, nuestro Salvador personal. No es suficiente creer en la teoría de la verdad. No es suficiente profesar fe en Cristo y tener nuestros nombres registrados en el libro de la iglesia. El que guarda sus mandamientos, está en él, y él en él. Y en esto sabemos que el permanecer en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado", Y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos (1 Juan 3: 24; 2: 3). Esta es la verdadera evidencia de la conversión. No importa cuál sea nuestra profesión de fe, no nos vale de nada a menos que Cristo se revele en obras de justicia" (Palabras de vida del gran Maestro, p. 254).

Cada mañana cuando estudiemos su Palabra, repasemos sus promesas, "Y aquel que es poderoso para guardarlos sin caída, y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Jud. 24) y "Fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal" (2 Tes. 3: 3).

! PREGUNTALE A JESUS!

Tú dirás, "Se que tengo que hacer todas estas cosas, pero no sé cómo. Se que debería levantarme más temprano para orar y para estudiar, pero no sé cómo. Se que debo mantener mis ojos en Jesús, pero no sé cómo". "¿Que puedo hacer?" Pídele a Cristo que te despierte. Pídele a él que ponga en ti el deseo

de servirlo. Que ponga en ti el deseo de fijar

tus pensamientos en él. Escucha esta promesa que registró Elena de White, "Estas alturas divinas pueden ser alcanzadas por el verdadero creyente. Todo aquel que quiere vera el misterio de la piedad. Pero, únicamente bajo una correcta comprensión de la misión de Cristo y su obra, tendremos la posibilidad de ser perfectos en él, aceptados en el Amado y que él esté a nuestro alcance. Sus largos brazos humanos abrazan a la familia humana; su brazo

UNICAMENTE

UNA PERSONA QUE ESTA EN CRISTO PUEDE SER REALMENTE VICTORIOSA.

Cierta mujer quería limpiar su casa, de modo que fue a comprar los elementos que necesitaba. Compró lavalozas, jabón para la ropa, elementos para limpiar los baños, escobillas, toallas y cuanto desinfectante encontró en el supermercado. Limpio, desinfecto, barrió y escobillé todo. La casa ahora estaba tan limpia como le había sido posible dejarla. Se sintió muy bien hasta que el hijo regresó del colegio con una lente muy potente que le había prestado un amigo. "¡Mira esto, mamá! Para sorpresa suya descubrió que la casa no estaba tan limpia como parecía a simple vista. De modo que redobló sus esfuerzos, y como resultado de cepillar tanto, tuvo que salir a comprar pintura para reparar los lugares que se habían dañado con tanta limpieza. Después de sentirse muy bien, su hijo llegó ahora con un microscopio que le habían pres-

tado en el laboratorio de la escuela. Ahora se

puso a analizar un polvo que encontró en una esquina debajo de la cama. —Mamá, fíjate ahora en esto. Ella fue al microscopio y vio miles de partículas de polvo. —¿Dónde conseguiste esto?— vociferó ella. —Debajo de tu cama— respondió inocentamente el hijo.

¿Cómo era posible limpiar perfectamente bien la casa debajo de los muebles? Resolvió entonces venderlos. Nuevamente limpió conscientemente cada rincón de la casa. La resistencia quedó tan limpia con todos los desinfectantes que había utilizado, que hasta oía a hospital. Por supuesto, la casa ahora estaba vacía, porque la familia no pudo habitarla por falta de muebles. Se fueron a vivir a un centro departamental. La casa quedó inhabitable,

pero limpia. La señora pensaba que por fin la había dejado limpia, hasta que un día descubrió que el polvo no tiene barreras. La casa, al quedar vacía, había acumulado tanto polvo y suciedad que estaba más imunda que nunca. Esta historia me hace recordar una de las parábolas de Jesús: "Cuando el espíritu im-

mundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volvire a mi casa de donde salí, y cuando llega, la halla desocupada, barrió y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el poster estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero" (Mat. 12: 43-45).

Únicamente una persona que está en Cristo y que esté vestida con su manto de justicia puede ser victoriosa. "Cuando nos so-

metemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, él ve no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y deformidad del pecado, sino su propia justicia, que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová" (Palabras de vida del gran Maestro, pp. 253, 254).

Arrepentimiento, seguridad, victoria: ¡que progresión gloriosa nos ha provisto el Señor! Pero es únicamente en Cristo, nunca por nosotros mismos.



L L A M A D O A

LA COMPASION EN CRISTO

CON LOS OTROS, SUFIENDO EN CRISTO



M Fuimos conmovidos por las noticias de la televisión. En el Cercano Oriente, mientras las mujeres kurdas hacían cola a fin de obtener agua para beber, un periodista dijo: "Cada día mueren mil niños, la mayoría por beber agua contaminada".

a Otro periodista informó desde un lugar sudasiático: "Un ciclón devastador azotó Bangladesh. Mató a 139 mil personas y dejó a un millón de gente sin casa".

t Desde Somalia, Etiopía, y desde Sudán nos llegan informes de millones de seres humanos acosados por la hambruna.

e En Perú, las autoridades sanitarias han dado cuenta de que últimamente miles de personas han muerto con el cólera.

A nivel mundial, cada minuto mueren de hambre 18 niños menores de 5 años.

S ¿Qué ocurre con nuestra sensibilidad cuando día tras día vemos, leemos y oímos acerca de las desgracias y de los sufrimientos humanos?

Es posible que estemos tan abrumados por el sufrimiento que hay en el mundo que simplemente lo ignoramos y así nos vamos a cumplir la rutina de nuestro trabajo. Una sobredosis de sufrimiento humano, sin una reacción o acción personal, puede volvernos insensibles a la compasión. Pero vivir una vida de seguridad y victoria en Cristo no es una vida de egoísmo sino de compasión.

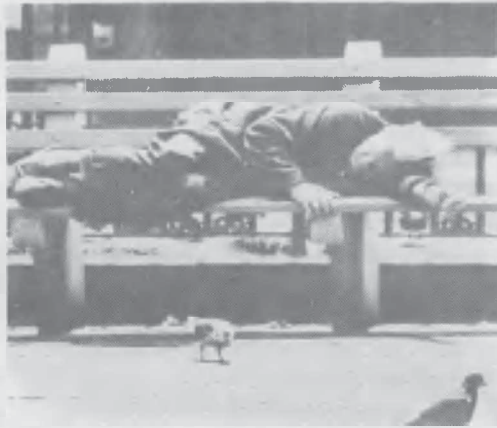
A los visitantes que llegan a la casa de un famoso escritor inglés, se les muestra una hilera de árboles que el autor plantó para apartar su hogar de la vista del matadero que estaba al lado. Es natural el deseo del corazón humano de escondernos o apartarnos de las cosas que nos causan sufrimiento. Hacemos cualquier cosa para aislarnos del sufrimiento de los demás.

En el saludo inicial de la carta de Pablo a los corintios, dice: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación" (2 Cor. 1: 3).

¿Qué clase de Padre tenemos? ¿Cómo se relaciona nuestro Padre con todos los problemas del mundo? Pablo dice que él es "Padre

de misericordias". Nosotros podríamos decir que Dios es el Padre de toda disciplina, de toda justicia, de toda verdad. Todo esto es cierto, pero este no es el cuadro que Pablo procura mostrar a los corintios. El habla de un Dios misericordioso y muy compasivo.

Compasión significa conmiseración, es decir, con misericordia. Nuestro Dios es un



Padre con misericordia. Esa compasión del Padre, Cristo la reveló plenamente en su vida: Tuvo compasión por los perdidos: "Y al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor" (Mat. 9: 36). Tuvo compasión por los enfermos: "Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos" (Mat. 14: 14). Tuvo compasión por los que padecían hambre: "Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer" (Mar. 8: 2). Tuvo compasión por los ciegos: "Entonces Jesús, compadecido, les tocó los ojos, y en seguida recibieron

la vista; y le siguieron" (Mat. 20: 34).

Dios tuvo compasión. Sintió conmiseración por su pueblo. La encarnación ilustra su compasión, su conmiseración. Después de la caída, Dios no dejó a la humanidad abandonada y empezó otra vez con otro barro para hacer un nuevo hombre. El sintió compasión por nosotros en nuestra condi-

ción caída. No nos abandonó. "Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz a un hijo, y llamará su nombre Emanuel" (Isa. 7: 14). Emanuel significa "con nosotros Dios".

Dios mostró su compasión al llegar a encarnarse y sufrir nuestras penas. El no hizo simplemente una llamada de emergencia de larga distancia, desde el cielo, para decirnos: "Estoy preocupado con el problema que tienen". No nos mandó simplemente una tarjeta hermosa con un mensaje de buenos deseos: "Anhelo que te mejores pronto". Dios llegó a ser hombre para participar del dolor de la humanidad.

Pablo continúa su mensaje a los corintios: "Bendito sea el Padre de nuestro Señor Jesucristo... el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios" (2 Cor. 1: 3, 4).

Hay un propósito para que Dios sea compasivo con nosotros: Hacernos llegar su consuelo en nuestras dificultades de modo que nos sintamos fortalecidos. Como él siente misericordia por nosotros, también nosotros debemos manifestarla a los demás. Dios no nos conforta para dejarnos confortables sino para seamos confortadores de los demás.

Pedro dice: "Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables" (1 Ped. 3: 8). Juan dice lo mismo pero con otras palabras: "Amados, amémonos unos a otros" (1 Juan 4: 7). Y en otro texto, Pablo repite: "Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si

La televisión nos satura con imágenes de necesidades. Podemos optar por hacer algo dondequiera que sea, o podemos dejarlos abrumar por las imágenes y decidir no hacer nada. Podemos optar por hacer nuestra parte con misericordia y compasión, o podemos cruzarnos de brazos y decir que los problemas son demasiado grandes como para hacer algo. La compasión no es un triste sentimentalismo por las multitudes anónimas de gente que sufre. Es una acción específica para atender una necesidad definida. Compasión significa sentir misericordia por una persona. ¿Que puedo hacer por ella?

La cantidad de sufrimiento en el mundo parece sobrepasar completamente nuestras débiles fuerzas que nos deja poco aliento para hacer algo individualmente. Cierta vez un niño caminaba con su padre en la playa en plena tormenta, y olas altas arrojaban miles de estrellas de mar a la orilla. Las estrellas de mar estaban muriendo. El niño recogía las pocas que podía y las devolvía al mar. Su padre, mirando la inmensidad de las playas y la enorme cantidad de estrellas de mar varadas, dijo: "¿Para qué gastas tus energías? Mira a todas estas. ¿Alcanzas o logras algo con esto?" "Esto hace una gran diferencia a esta estrella que tengo en mis manos", y diciendo estas palabras, recogió otra estrella, la miró y la devolvió al mar. De manera similar, cuando se le preguntó a la madre Teresa cómo podía esperar hacer algún impacto en las 3 mil villas miserias de Calcuta con nuevos refugios que se van añadiendo diariamente, ella contestó: "No pienso como usted piensa. Yo no añado. Sólo resto del total de los sufrientes".

Acerca de este mismo asunto, Elena de White escribió: "Después de su resurrección, Jesús subió al cielo, donde hoy día presenta nuestras necesidades ante el Padre. Dice: 'He aquí que en las palmas te tengo esculpida' (Isa. 49: 16). El grabar ese nombre en las palmas le ha costado algo. Ello se hizo al precio de una agonía indescriptible. Si quisieramos humillarnos ante Dios, ser amables, corteses y compasivos, se producirían cien conversiones a la verdad allí donde se produce una ahora" (*Testimonios selectos*, t. 5, p. 263).

Compasión, no sólo para los dignos de recibir, sino para todos los necesitados. Cuando Jesús venga en las nubes de la gloria, el rasgo distintivo que separará a la iglesia o la asistencia regular a los cultos. Será la compasión.

Leamos con cuidado: "Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme" (Mat. 25: 34-36).

Jesús tuvo compasión de nosotros; de la misma manera, nosotros, sus hijos, debemos compadecernos de los demás. Tenemos compasión cuando tocamos a otros como Jesús los tocó. En cierto sentido, Clemente de Alejandría estaba en lo cierto cuando dijo: "Si tú has visto a tu hermano, has visto a Dios". Y Jesús aseguró: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mat. 25: 40).

Un sábado de noche, tomé su cena en una reunión de familia y fue a su antigua pieza donde no había dormido los últimos 4 años. Al fin estaba de vuelta en su hogar. La siguiente mañana, después de despertarse, Sadán se examinó a sí mismo, siguiendo el entrenamiento que había recibido en el hospital. Retrocedió con horror. La parte posterior del dedo índice de su mano izquierda había sido mutilada. Sadán conocía al culpable. Una rata lo había visitado durante la noche y le había roído su dedo.

Fenómeno al hospital, pero decidido quedar en casa una noche más. Esta vez, determinó quedar despierto de modo que las ratas no pudieran molestarlo. Se sentó a leer un libro alumbrado con una linterna a querosene. A las 4 de la mañana no pudo luchar contra el sueño y durmió. Al quedar dormido, su mano se deslizo sobre la parte caliente de la lámpara. Al despertar, comprobó que un buen trozo de la piel de su mano derecha se había quemado.

Al día siguiente, retornó al hospital de Vellore. Cuando el Dr. Brand retiró los vendajes, Sadán lloró y dijo: "Stento como si hubiese perdido mi libertad". Entonces formuló la siguiente pregunta: "¿Cómo puedo ser libre sin dolor?"

El dolor une las diferentes partes de nuestro cuerpo en una compleja red de comunicaciones. Las personas que están cerca de otras comparten el dolor y el gozo, aunque no hayan nervios que las conecten físicamente. Se conocen los unos a los otros.

Vivimos en un mundo de comunidad. El vínculo que nos une es nuestra compasión, la voluntaria compartición mutua que mostramos cuando conocemos a nuestro Creador.

Y esta compasión viene de Jesús. Cuando estamos en él, vemos como él ve, y sentimos como él siente. Así como el Señor nos llama al arrepentimiento, a la confianza y a la victoria en Cristo, también nos llama a tener la compasión de Cristo.

Mañana exploremos otro paso en la vida cristiana: el llamado a testificar.

Compasión en Cristo no es simpatía por los que merecen una palabra bondadosa. Compadecerse por los que son dignos y honrarlos frecuentemente no es compasión, sino recompensa por una buena conducta. Compasión en Cristo es la expresión de un sentimiento de empatía por los indignos. Cristo murió por los indignos: por ti y por mí.

El Dr. Brand, quien trabajó durante 18 años en el Colegio Médico Cristiano de Vellore, India, cuenta su historia con Sadán, un leproso. La más grande amenaza del cuerpo de Sadán era su falta de sensibilidad. Como no sentía dolor, su cuerpo no podía advertirlo del peligro de objetos cortantes, calientes o raspantes que podían dañar su carne.

Sadán llegó al hospital de Vellore para recibir tratamiento. Después de 4 años de cirugía de reconstrucción y terapia de rehabilitación, fue progresando tan bien que estaba en condiciones de retornar a su hogar los fines de semana.

LA COMPASION ES UNA ACCION ESPECIFICA PARA ATENDER UNA NECESIDAD DEFINIDA.

mana. "Quiero volver donde fui rechazado antes", dijo orgullosamente, refiriéndose a los restaurantes que lo habían sacado, a los buses que le habían negado sus servicios. Antes de partir, él y el doctor revisaron todos los peligros. Incapaz de sentir dolor, tenía que ser cuidadoso con todo objeto cortante que pudiera dañar su cuerpo.

Un sábado de noche, tomé su cena en una reunión de familia y fue a su antigua pieza donde no había dormido los últimos 4 años. Al fin estaba de vuelta en su hogar. La siguiente mañana, después de despertarse, Sadán se examinó a sí mismo, siguiendo el entrenamiento que había recibido en el hospital. Retrocedió con horror. La parte posterior del dedo índice de su mano izquierda había sido mutilada. Sadán conocía al culpable. Una rata lo había visitado durante la noche y le había roído su dedo.

Fenómeno al hospital, pero decidido quedar en casa una noche más. Esta vez, determinó quedar despierto de modo que las ratas no pudieran molestarlo. Se sentó a leer un libro alumbrado con una linterna a querosene. A las 4 de la mañana no pudo luchar contra el sueño y durmió. Al quedar dormido, su mano se deslizo sobre la parte caliente de la lámpara. Al despertar, comprobó que un buen trozo de la piel de su mano derecha se había quemado.

Al día siguiente, retornó al hospital de Vellore. Cuando el Dr. Brand retiró los vendajes, Sadán lloró y dijo: "Stento como si hubiese perdido mi libertad". Entonces formuló la siguiente pregunta: "¿Cómo puedo ser libre sin dolor?"

El dolor une las diferentes partes de nuestro cuerpo en una compleja red de comunicaciones. Las personas que están cerca de otras comparten el dolor y el gozo, aunque no hayan nervios que las conecten físicamente. Se conocen los unos a los otros.

Vivimos en un mundo de comunidad. El vínculo que nos une es nuestra compasión, la voluntaria compartición mutua que mostramos cuando conocemos a nuestro Creador.

Y esta compasión viene de Jesús. Cuando estamos en él, vemos como él ve, y sentimos como él siente. Así como el Señor nos llama al arrepentimiento, a la confianza y a la victoria en Cristo, también nos llama a tener la compasión de Cristo.

Mañana exploremos otro paso en la vida cristiana: el llamado a testificar.



L L A M A D O A

TESTIFICAR EN CRISTO

M A S Q U E T A R E A , U N P L A C E R



La construcción del famoso puente Golden Gate, en la ciudad de San Francisco, se detuvo en la mitad de la obra cuando 20 trabajadores murieron o quedaron gravemente lesionados. La construcción quedó detenida hasta que instalaron una gigantesca red que tenía la finalidad de salvar a los que accidentalmente se precipitaran al vacío.

En la segunda etapa apenas cayeron 8 trabajadores. El dispositivo, además de aumentar la seguridad, hizo que la gente se sintiera más segura para trabajar ya que había disminuido la sensación de peligro. Este inesperado bono adicional, ayudó para que la eficiencia de los trabajadores aumentara en un 25%. El factor confianza fue determinante en el incremento de la productividad.

Lo mismo sucede con la vida cristiana. Dada la seguridad que tenemos en la gracia y la protección de Dios, podemos vivir y testificar con confianza.

Elena de White escribió: "El verdadero cristiano obtiene fuerzas para la acción de su profundo amor por el Redentor. Sus afectos por el Maestro son santos y verdaderos. Y acerca del cristiano alegre y amable Jesús dice: 'Sois mis testigos' (Isa. 40 :10). Tal clase de persona es representante de Cristo, porque lo refleja en su vida diaria. Cuando se aleja de la luz no puede difundir a otros sus rayos luminosos" (*Manuscript Releases*, t. 9, p. 379).

Mientras más cerca estamos de Cristo, más se reflejará en nuestra vida. En la medida que experimentemos seguridad y victoria, atraeremos a otros a Jesús.

Cuando Pedro y Juan recibieron la orden de las autoridades para no hablar más de Jesús, con énfasis respondieron: "No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído" (Hech. 4: 20).

La testificación del evangelio es así. No debería ser algo que tenemos que hacer compulsivamente. No es un requisito ni menos una "obra" especial que tenga mérito para ganar nuestra salvación. Al contrario, cuando amamos a Jesús y disfrutamos la seguridad de la salvación, no podemos dejar de hablar acerca de él.

Después de la resurrección, Jesús les asignó a sus discípulos una gran misión: "Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mat. 28: 19, 20).

Las últimas palabras que Cristo dirigió a sus discípulos fueron: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en



toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hech. 1: 8).

Alrededor del mundo en nuestros días hay muchísimos adventistas del séptimo día que están regocijándose en la seguridad de su salvación y la victoria en Cristo, y como resultado de esa experiencia, están cumpliendo con el cometido que Jesús les dio a sus discípulos.

En Sudán, predominantemente musulmana, hay 24 jóvenes que integran un equipo de trabajo que tiene la misión de establecer presencia adventista en 12 ciudades en las que no habíamos penetrado. Tengo fotografías de 6 grupos de nuevos creyentes con sus correspon-

dientes historias. Cuentan cómo el Maestro les está dando coraje suficiente para enfrentar los peligros que los acechan.

Sus informes son alentadores: 15 bautizados aquí, 24 bautizados allá, 6 estudios bíblicos que comenzamos en este otro lugar, etc.

Uno de los informes dice: "Aunque reunidos al amparo

de una carpa de plástico alquilada, los 26 nuevos feligreses continúan asistiendo con fidelidad". Otro escribe: "Entre nosotros, mi compañero en la tarea de evangelizar y yo, tenemos un par de zapatos y un par de chancletas. Al que le toca ir a dar los estudios bíblicos a 9 km utiliza los zapatos". Ya sea con cobertizo alquilado o con zapatos inadecuados, es la obra del Espíritu Santo que actúa en la iglesia.

En el Colegio Spicer encontramos a otro equipo de 182 estudiantes evangelistas que integran el grupo Generación de la Nueva Misión. Diariamente disfrutan del privilegio de ser embajadores de Cristo. Ellos ya dieron origen a 91 congregaciones en el gran país de India.

"Venid en pos de mí —dijo Jesús—, y os haré pescadores de hombres" (Mat. 4: 19). ¿Podemos decirlo de este modo: "Si no somos pescadores de hombres entonces no lo estamos siguiendo"? Algunos tienen ideas acerca de la testificación que son contrarias al concepto que nos presenta Cristo. Piensan que la testificación es un requisito, algo que se hace los sábados de tarde o cuando en el trabajo le hablan de su iglesia a otro. También se da el caso de los que deciden no participar en forma personal en las actividades de testificación; basta su contribución financiera —piensan ellos— para que otros puedan hacer dicha obra.

EL PODER DE LAS RELACIONES

Unos cuantos piensan que testificar es la acción aislada de invitar a otro para que asista a las reuniones y/o distribuir publicaciones. Pero "testificar" abarca mucho más que eso. La naturaleza de la testificación está revelada por la forma como Jesús se comunica con nosotros.

Dios necesitaba testificar acerca de las buenas nuevas del nacimiento de su Hijo y de la vida eterna, si es que lo aceptamos a El. No lo hizo enviando publicaciones o la Biblia. Envío a su Hijo Jesús en persona para que nosotros podamos experimentar cuán amante y desprovido es de todo rastro de egoísmo.

Además, Dios quiso dejarnos al Espíritu Santo para que otras personas puedan apreciar el gozo que experimenta el que vive en Cristo. "El símbolo del cristianismo"— escribe Elena de White—"no es una señal exterior... sino que es aquello que revela la unión del hombre con Dios. Por el poder de la gracia divina manifestada en la transformación del carácter, el mundo ha de convergerse de que Dios envíe a su Hijo para que fuese su Redentor. Ninguna otra influencia que pueda rodear al alma humana ejercer tanto poder sobre ella como la de una vida abnegada. El argumento más poderoso en favor del Evangelio es un cristiano amante y amable" (*El misterio de curación*, pp. 372, 373).

Al establecer relaciones personales logramos conocer a otros. Testificaremos mejor ante quienes llegamos a conocer más. Si un desconocido llega a su puerta y solicita que le preste dinero, con seguridad no lo atenderá. Sin embargo, si un amigo de mucho tiempo viene para hacer el mismo pedido, debido a la amistad que los une, con seguridad estará mucho más dispuesto a prestar lo que solicita. Del mismo modo, la mejor testificación que podamos hacer por Cristo, siempre será entre nuestros amigos más cercanos.

La Iglesia es una comunidad de creyentes cuyas vidas están siendo transformadas por obra del Espíritu Santo. Es privilegio de la Iglesia demostrar su fe en Jesús por lo que experimenta sus miembros. La testificación es la razón fundamental de su existencia. Para su propio bien, la Iglesia es una comunidad de cristianos que se preocupa sincera y profunda-mente por la gente, a la que invita a compartir la paz y la seguridad en Cristo, y el gozo de pertenecer a la familia de Dios.

El que testifica tiene que tener información de primera mano. No podemos pagarle a otro para que de testimonio en lugar de nosotros. Juan dice: "Les escribimos a ustedes acerca de aquello que ya existía desde el principio, de lo que hemos oído y de lo que hemos visto con nuestros propios ojos. Porque lo hemos tocado con nuestras manos. Se trata de la Palabra de vida. Esta vida se manifestó, y no-

fe de una persona se parecerá a la práctica a que recurran las emisoras en ocasión de las elecciones. Después de apasionados planteamientos políticos, el mismo anunciador hace recordar a los oyentes que son anuncios pagados y por lo tanto no reflejan la posición de la emisora.

A menos que seamos poseedores de la fe, y hasta que distriésemos una confiada e íntima relación con nuestro Salvador, la proclamación que podamos hacer del evangelio será superficialmente.



PARA EL
EVANGELIO, LOS
OBREROS MAS
EFECTIVOS SON
LOS QUE BUSCAN
EL CONTACTO
CON OTROS YA
SEA EN EL
TRABAJO, EN EL
HOGAR O EN EL
VEGINDARIO.



Sin la experiencia personal, la expresión de lo que estamos experimentando.

creemos, haremos mejor si testificamos acerca de lo que estamos experimentando.

Estos textos me dan mucha confianza en la Jesucristo" (1 Juan 1: 1-3, *Dios habla hoy*).

unidos con Dios el Padre y con su Hijo unidos con nosotros, como nosotros estamos unidos con Dios y oído, para que ustedes estén testificado. Les anunciamos, pues, lo que hemos visto y oído, para que ustedes estén testificado. Les anunciamos, pues, lo que ella, y les anunciamos a ustedes esta vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos ha manifestado. Les anunciamos, pues, lo que nosotros la vimos y hemos dado testimonio de

cial por estar desprovista del poder de la sinceridad. La testificación es mucho más que la grabación de un mensaje telefónico.

Elena de White escribió: "Cristo dirige, fortalece, emoblee y santifica las facultades del alma. Es mediante el conocimiento mutuo que llegamos a estar calificados para representar su carácter al mundo" (*Review and Herald*, 10 de setiembre de 1895).

Juan dice: "Mas a todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio poder de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1: 12).

Si la testificación nace del gozo que confiere la seguridad en Cristo, más que de una mentalidad para testificar para hacerlo es aquél donde estamos más tiempo. Hace años, cuando el mensaje de la seguridad en Cristo pasó de la etapa de la teoría a la realidad, de la mente al corazón, descubrí que todo mi entusiasmo acerca de la testificación cambió. En lugar de ser un esfuerzo antinatural motivado por alguna promoción de la Iglesia, testificar acerca de Jesús llegó a ser lo más placentero e invaluable por el privilegio de estar con otros.

Todos tenemos áreas oportunidades para testificar en el hogar, en la comunidad, en el lugar de trabajo. En otras palabras, el lugar más natural para testificar es donde vivimos, trabajamos, jugamos y adoramos. Como podemos apreciar, somos no sólo adventistas del séptimo día, ¡sino adventistas los siete días!

La testificación cristiana no se produce apenas durante el final de semana o en ocasión de las campañas de evangelización. Lo que hacemos durante la semana hace más para difundir el evangelio que lo que pueda ocurrir durante las horas del sábado, o en ocasiones especiales. Unas pocas personas pueden dejar sus actividades seculares para dedicarse enteramente a servir a la Iglesia. Para el evangelio, los obreros más efectivos son los que buscan el contacto con otros ya sea en el trabajo, en el hogar o en el vecindario.

Además, todos tenemos que pensar en nuestra vocación como una oportunidad para ejercitar nuestro ministerio. Nuestra relación con el Señor debería ser de tal naturaleza que sintamos el placer de compartir la fe en el ambiente donde nos desempeñamos habitualmente.

Demasiado a menudo tratamos de modelar las opiniones de la gente con la teoría de la verdad, antes que nos conozcan personalmente, corremos el peligro de vacunarlas



contra el evangelio. Es mediante nuestra precupación y la amistad sincera como podemos compartir mejor nuestra experiencia personal con Dios. Después es el Espíritu el que une los corazones. Al margen de cuánta verdad haya en ello, si presentamos las doctrinas distintas, separadas del testimonio personal acerca de nuestra confianza en Cristo, parecerán fritas, sin poder y teorías.

Elena de White dijo que: "Sólo el método de Cristo será el que dará éxito para llegar a la gente. El Salvador trataba con los hombres como quien deseaba hacerles bien. Les mostraba simpatía, atendía a sus necesidades y se ganaba su confianza. Entonces les decía: "Seguidme". (El ministerio de curación, p. 102). Cuántas esta admiranza: "Si hubiera 5 ranas en un madero y una de ellas decidiera saltar, ¿cuántas quedarían en el tronco?" La respuesta es 5. Que una haya decidido saltar no quiere decir que lo haya hecho. Ser llamados a testificar por Cristo no es lo mismo que serlo.

El testimonio personal es la certificación más efectiva y convincente que existe. Elena de White escribió: "Podemos explicar cómo hemos probado su promesa y la hemos hallado veraz. Podemos dar testimonio de lo que hemos conocido acerca de la gracia de Cristo. Este es el testimonio que nuestro Señor pide y por falta del cual el mundo perece" (El Desdado de todas las gentes, p. 307).

GUENTE SU EXPERIENCIA PERSONAL

Las decisiones de esa persona. La Biblia está llena de ejemplos acerca del significado que le da el cristianismo a la vida, ejercerán una poderosa influencia sobre que dichas palabras tienen el respaldo de la vida, pero seguramente el oyente al certificar mayor argumento que existe. Puede ser recha que el cristianismo les dio a la vida, utilizan el testimonio personal y hablan acerca del significado. Cuando los creyentes cuentan su experiencia acerca de ejemplos de esa persona.

ES EL PLACER

DE CADA

CRISTIANO

RESCATAR A

OTROS PARA

DIOS. TRAERA

REGOCIJO A LOS

ANGELES QUE

OTRO PECADOR

SE ARREPIENTA.

En los Estados Unidos hace años hubo un naufragio en la costa noroccidental del Pacífico. Una multitud de pescadores de una aldea cercana estaban observando cómo una embarcación era despedazada contra las rocas. Un bote salvavidas entró en acción y después de terribles dificultades, volvió a la costa con todos los naufragos, excepto uno. "No hubo lugar para él en el bote salvavidas, de modo que le dimos que permaneciera a bordo y que alguno volviera para rescatarlo" exclamó un hombre joven. "¿Quién me acompañará para buscarlo?" En esos instantes una mujer gritó, "No

vayas, Juan, no vayas. Tú eres lo único que me queda. Tu padre se ahogó en el Océano, tu hermano Guillermo se fue lejos y nunca más supimos de él. Si a ti te sucede algo lo habré perdido todo, oh Juan, por favor no vayas".

El hijo después de escuchar pacientemente respondió a la madre: "¡Mamá, tengo que ir! ¡Es mi deber, tengo que ir!" Los espectadores observaron cómo el bote salvavidas avanzaba con dificultad en dirección del naufrago. Entre tanto la mamá lloraba y oraba. Finalmente la frágil embarcación comenzó el regreso enfrentando las fuertes olas. Por fin se acercó lo suficiente a la playa como para poder escuchar la pregunta que le hacían: "¿Lo rescataste?" Juan respondió: "¡Sí, díganle a mi madre, es Guillermo!"

Muchas personas con las cuales nos encontramos diariamente corren el riesgo eterno. Son hijos de Dios y como tales necesitan escuchar las buenas nuevas acerca de Jesús expuestas por los labios de un amigo. Como dijo Juan cuando fue a rescatar al naufrago: "Es mi deber." Es un deber cristiano, y aun más que eso: Es el placer de cada cristiano rescatar a otros para Dios. Traerá regocijo a los ángeles que otro pecador se arrepienta.

Con el poder del Espíritu Santo los adventistas del séptimo día están rescatando pecadores en todo el mundo. Un joven de cierto país se dirigió a un lugar no penetrado y organizado un cuerpo de creyentes en medio de la más atroz persecución. Fue golpeado; el lugar de reuniones fue incendiado y su vida estuvo bajo permanentemente amenaza. Hoy el mensaje de esperanza brilla en aquella comunidad. Pienso en el equipo de trabajo del Colegio Spicer. Tengo en mi poder varios de sus informes. Los estudiantes caminan 17, 25 y hasta 35 km para dar un estudio bíblico o dirigir las reuniones en lugares donde hasta hace 12 meses no había obra adventista. ¿Por qué caminan? Porque no tienen dinero para comprar una bicicleta. Nada los detiene. Los estudios de esta semana nos conducen por 5 pasos: arrepentimiento, confianza, victoria, compasión y testificación. Tengamos muy presente que no los podemos dar por nosotros mismos. Siempre podremos darlos solamente en Cristo. Mañana comentaremos otro aspecto de la vida cristiana: La alegría que genera la expectación del regreso de Jesús.



L L A M A D O A

ESPERAR EN CRISTO

COMO ESPERAR SU RETORNO

J En el año 999, un grupo de adoradores que lloraban esperaron el fin del mundo en la vieja basílica de San Pedro. Ellos entendían que debía ser en el fin del milenio. Muchos adoradores habían dejado sus hogares y sus tierras para asegurarse el perdón y la vindicación en el juicio inminente.

u En 1978, un grupo de 100 ciudadanos dirigidos por John Strong se mudaron a una zona boscosa en Australia, creyendo que el mundo finalizaría con un holocausto nuclear el 31 de octubre.

e Como cristianos, hemos estado viajando a través de los altibajos de la historia, a través de la noche medieval y de la Reforma, esperando durante casi 2.000 años el cumplimiento de la promesa de nuestro Señor: "Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14: 3). Como adventistas del séptimo día hemos estado proclamando durante los último 150 años que esperamos la realización de las palabras de Jesús: "He aquí yo vengo pronto" (Apoc. 22: 12). ¿Cuándo se cumplirá esa promesa? ¿Dónde estamos en la línea del tiempo que va desde la crucifixión hasta la gloriosa resurrección?

S Ese deseo de ubicar cuál es nuestro lugar en el curso de la historia es sumamente fuerte, más aún cuando vemos desplegarse acontecimientos de grandes consecuencias históricas. Recientemente, la caída del comunismo abrió el camino a una rápida difusión del Evangelio. Al mismo tiempo los informativos diariamente nos proveen evidencias del cumplimiento de las señales del fin del mundo según se registra en Mateo 24.

Después de enumerar las señales del fin del mundo, Jesús presentó la historia de las 10 vírgenes que salieron a encontrarse con el novio. Cinco de ellas era necias; las otras cinco, prudentes. El punto de separación entre las prudentes y las necias fue cómo se prepararon para esperar al novio que "se estaba demorando" (Mat. 25: 5). Todas las vírgenes se durmieron mientras esperaban. Ninguna de ellas pensó

que él se iba a demorar, pero 5 de ellas estaban preparadas para cualquier eventualidad. Ellas estaban seguras que tenían el aceite suficiente para mantener encendidas sus lámpara, mientras que las necias carecían del aceite necesario. Cuando llegó el novio, las vírgenes prudentes con las lámparas encendidas entraron al banquete de bodas, mientras que las necias se per-



dieron la fiesta por haber ido a buscar más aceite. Jesús finalizó la parábola con una advertencia: "Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora" (Mat. 25: 13).

Mientras esperamos el retorno de nuestro Señor, debemos recordar lo que Pedro dijo: "Sabiedo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento?" (2 Pedro 3: 3, 4). Estos serán los que, al igual que las vírgenes necias, dirán: "Hay tiempo suficiente más tarde para prepararse".

¿Cómo esperar a Jesús? Los discípulos habían estado con Jesús durante 3 años, y esta-

ban tan ansiosos de volver a estar con él que se saludaban con la expresión "Maranatha", que significa "¡Ven, Señor!" Estaban impacientes por verlo nuevamente.

Nuestra ansiedad por ver a nuestra visita se incrementa en proporción a cuánto la conocemos y a cuánto tiempo hemos estado separados de ella. Los 2.000 años de separación de Cristo y la humanidad

deberían hacernos sentir intensamente anhelantes de volver a verlo. ¿Pero es así? ¿Nuestra ansiedad por ver a Jesús da evidencia de cuán íntimamente lo conocemos?

El regreso de Cristo será una doctrina abstracta de la iglesia en la medida en que el ser que está viniendo sea un personaje remoto y abstracto. El segundo advenimiento será algo frío, una doctrina muerta, separada de nuestro diario vivir, en la medida en que la Persona que está viniendo no está viviendo en nuestro corazón. El regreso de Cristo no será amado ni anhelado mientras Jesús no sea profundamente amado y anhelado. ¿Cómo lo esperamos?

La manera como esperamos a alguien depende quién es la persona a la que esperamos. ¿Cómo esperamos a quien viene a cobrar las cuentas en comparación con la expectativa que tenemos frente a la primera aparición de la novia (o del novio) en el día de nuestro casamiento? Comparemos nuestra espera después de una larga ausencia de nuestro hijo o hija con la ansiedad nerviosa que produce saber que un ladrón ha entrado en la casa de un vecino. La relación que tenemos con una personas determina qué clase de expectativa tenemos mientras la esperamos.

Los cristianos hemos estado esperando tanto tiempo el regreso de Cristo que algunos corremos el peligro de perder su sentido de urgencia. La Iglesia Adventista del Séptimo Día ha desarrollado una gran expectación del inminente retorno de Cristo, y esa esperanza ha provisto la fuerza conductora para llevar el Evangelio al mundo. Nuestra iglesia es todavía la iglesia del segundo advenimiento.

Hay buenas razones para que los adventistas del séptimo día creamos en el regreso de Cristo. La Biblia habla mucho acerca de esto:

"Y si me fuere... vendré otra vez" (Juan 14: 3).

"Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria" (Luc. 21: 27).

"Este mismo Jesús... vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hech. 1: 11).

"Y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria" (Mat. 24: 30).

"He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron" (Apoc. 1: 7).

"Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles" (Mat. 16: 27).

"Y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan" (Heb. 9: 28).

"Tened también vosotros paciencia... porque la venida del Señor se acerca" (Sant. 5: 8).

Muchas de las parábolas y muchos de los mensajes de Jesús están centrados en la seguridad de su retorno. ¡Todos los cristianos deberíamos ser adventistas! Pues si hay una enseñanza en la Escritura que está más destacada que otra, un tema que recibe más atención que otro en el Nuevo testamento, es ciertamente el retorno de Jesús.

Si un periódico importante nos pidiera que escribiéramos un artículo acerca de lo que la Biblia dice del segundo advenimiento, no deberíamos tener ningún problema con la información. Deberíamos formularnos las preguntas que los periodistas se hacen: ¿quién, qué, cuándo, dónde, por qué y cómo?

¿Quién está viniendo? "Este mismo Jesús". El único que los discípulos conocían, su amigo, Jesús de Nazareth (Hech. 1: 11).

¿Qué ocurrirá? Este mismo Jesús "vendrá como le habéis visto ir al cielo" (vers. 11).

¿Cuándo sucederá? "Pero del día y la hora nadie sabe" (Mat. 24: 36).

¿Por qué ocurrirá? "Y juntarán a sus escogidos" (Mat. 24: 31).

¿Dónde ocurrirá? "He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá" (Apoc. 1: 7).

¿Cómo ocurrirá? "Con poder y gran gloria" (Mat. 25: 31). "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria" (Mat. 25: 31).

Estos textos son familiares para muchos de nosotros, quizá tan familiares que, de hecho, no suscitan en nosotros un sentido de expectación. Nosotros podemos estar formulando preguntas sin esperar sus respectivas respuestas. Es muy fácil que en la rutina de cada día quede desplazado el mensaje del segundo advenimiento a un segundo plano. Pablo recuerda a Tito que "la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tito 2: 11-13).

DISTRACCIONES

Podemos fácilmente apartarnos del mensaje de la segunda venida por distracciones, e incluso tener un enfoque errado respecto del tiempo del retorno de Jesús. El Señor nos dice específicamente: "Pero del día y la hora nadie sabe".

Hay quienes están más interesados en establecer el momento de su retorno que en predicar la esperanza de ese retorno. Están más interesados en establecer la fecha del tiempo de angustia que en aprender de Aquel que nos conducirá en medio de ese tiempo de prueba. Jesús mismo nos dejó señales para tener en cuenta en Mateo 24, pero cuando enfocamos más las señales que al Dador de las señales estamos perdiendo de vista el mensaje del advenimiento.

Mientras nos acercamos más y más al año 2000, podemos esperar que se levanten muchos profetas y pronosticadores que manipulen las Escrituras, los tiempos y las estaciones para fijar la fecha del retorno del Señor. Nosotros no debemos debilitar la creencia de nuestro mensaje con fechas colocadas oscuramente, con especulaciones infundadas, o incluso con el extendido espíritu laodicense que embota nuestros sentidos.

Estamos seguros de que el propósito de muchos de estos publicadores de fechas es despertar a la gente respecto de la inminente venida del Señor, pero no dejemos obnubilarnos por la fascinación con lo sensacional y perdamos de vista a la Persona que está regresando.

Cuando una compañía de aviación programa sus vuelos hacia sus respectivos destinos, el inspector de vuelo conoce los detalles del vuelo. El inspector sabe exactamente cuándo sale el avión y dónde irá en las diferentes es-

calas de vuelo, y finalmente su llegada. Por otro lado, una joven cuyo novio está viajando, sabe el momento aproximado de su llegada y nada acerca del recorrido del vuelo, ¡pero ella está ansiosa de encontrarse con cierto pasajero que está en el avión! El inspector de vuelo tiene mucho más información que la señorita, pero no está tan emocionado por el vuelo. Yo prefiero saber muy poco acerca de los detalles de la venida de Cristo pero sí tener un corazón lleno de expectativa porque conozco a la Persona que está viniendo.

Hay algo aún más peligroso: podemos perder nuestra expectativa acerca del regreso de Jesús si nos dejamos atrapar en los asuntos del diario vivir. Como los siervos malvados de la parábola de Jesús (Mat. 24: 48-51), comenzamos a dejar de lado el día de su retorno. Más bien deberíamos seguir este consejo de la sierva del Señor: "El que busca las riquezas eternas debería esforzarse por obtener el tesoro celestial con mucho más fervor y perseverancia, y con una intensidad que sea proporcional al valor del objeto que persigue" (Elena de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 164).

Quizá podamos entender cuán vital es creer que él está viniendo al considerar lo opuesto. ¿Cuáles serían las consecuencias si Cristo nunca retornara? Quedarían sin significado muchos de los mensajes que impartió durante su estadía aquí. Tener a un Dios que sanó el sufrimiento físico en un breve momento de la historia y que luego nos dejó para siempre no tendría sentido. Sería semejante a un doctor que viniera a darnos un poco de ayuda por un par de horas y que luego nos dejara para no retornar nunca más. El primer advenimiento de Cristo hubiera sido totalmente inútil si no hubiese un segundo advenimiento. ¿En qué nos beneficiaría su perdón? ¿Cómo podría la cruz ayudarnos si no hubiera una corona?

El amor de Dios no se manifestaría si interviniera por un instante en la historia de la tierra para luego abandonarnos para siempre. Podríamos preguntarnos acerca de un Dios como ése: "¿Para qué vino finalmente? ¿Está tratando de aumentar nuestra miseria y dolor al aliviarlos por un momento sólo para que podamos entender cuán malos somos?" No, aun si Jesús no nos dijera que vendría nuevamente, el mensaje del Nuevo Testamento señalaría su retorno.

Si nosotros queremos conocer lo medular del mensaje del regreso de Jesús, deberíamos

centramos en lo que fue tan bueno respecto de su primera aparición en esta tierra. El mensaje del segundo advenimiento es un mensaje de esperanza. Eso fue experimentado por el planeta Tierra durante un breve lapso de la historia hace 2.000 años y será experimentado nuevamente. No estamos abandonados a nuestra propia suerte. El mensaje del regreso de Cristo trae esperanza y gozo cuando nos anticipamos a vivir nuevamente con Jesús, el mismo Jesús que vivió entre nosotros, el mismo Jesús que sanó nuestras heridas. El está viniendo para estar con nosotros nuevamente.

Sólo puedo pensar en una razón por la que algunos de nosotros no podríamos gozarnos en las buenas nuevas del regreso de Jesús: Todavía no conocer a Jesús, y no haber aceptado su seguridad acerca de la salvación y la promesa de la vida eterna.

Los discípulos estuvieron 3 años con Jesús, y no podían soportar la separación. De tal forma los motivó la esperanza de su regreso que en pocos años esparcieron las buenas nuevas en todo el Imperio Romano.

La separación de Jesús respecto de sus discípulos fue como la separación de una familia. Cuando nos separamos transitoriamente de nuestros amados después de haber estado juntos durante un largo tiempo, nos sentimos ansiosos por retornar al hogar. ¿Por qué? ¿Es sólo porque amamos volver a ver nuestra casa? ¡No! El deseo de estar en la casa es el deseo de estar con los que amamos. Cuanto más conocamos a Jesús, más anhelaremos su retorno. Si no estamos particularmente deseosos de que regrese es probablemente porque no lo conocemos.

¿Qué dijo Jesús a quienes no estaban listos para su primer advenimiento? No dijo: "Ustedes no saben lo suficiente". No dijo: "Ustedes no conocen la fecha de mi aparición". El dijo: "Ustedes no me conocen" (Mat. 7: 21-23).

PREPARANDO EL CAMINO

Cuando conozcamos a Jesús y deseemos verlo nuevamente, prepararemos el camino para su regreso. Cuando nos hayamos arrepentido y estamos seguros en Cristo, nuestro testimonio tendrá un sentido de urgencia. No queremos permanecer separados durante más tiempo. Seremos los personajes de la parábola de Jesús "que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida" (Mat. 12: 36). La certi-

dumbre de nuestra relación con nuestro maestro nos conducirá a una espera anhelante y activa de su retorno. "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin" (Mat. 24: 14).

Elena de White escribió: "Todo cristiano tiene la oportunidad no sólo de esperar, sino de apresurar la venida de nuestro Señor Jesucristo. Si todos los que profesan el nombre de Cristo llevarán fruto para su gloria, cuán prontamente se sembraría en todo el mundo la semilla del Evangelio. Rápidamente maduraría la gran cosecha final y Cristo vendría para recoger el precioso grano" (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 47-48).

Dios está ansioso de reunirse con sus hijos, pero desea que nadie perezca. Tenemos una parte que desempeñar en esta divina conclusión de la historia de la Tierra.

Queridos hermanos, muchos de ustedes han estado esperando el retorno de Jesús durante años: algunos durante más de 20, 30, 40 y hasta 50 años. ¿Han empezado a dudar de la promesa del feliz retorno? ¿Han comenzado a decir en su corazón: "Mi Señor se tarda en venir"? Permítanme asegurarles que Dios no ha fallado. Nosotros podemos fallar, pero él ¡jamás!

Elena de White escribió: "Durante cuarenta años, la incredulidad, la murmuración y la rebelión impidieron la entrada del antiguo Israel en al tierra de Canaán. Los mismos pecados han demorado la entrada del moderno Israel en la Canaán celestial. En ninguno de los dos casos faltaron las promesas de Dios. La incredulidad, la mundanalidad, la falta de consagración y las contiendas entre el profeso pueblo de Dios nos han mantenido en este mundo de pecado y de tristeza tantos años" (*El evangelismo*, p. 505).

Ella también explicó: "Tal vez tengamos que permanecer aquí en este mundo muchos años más debido a la insubordinación, como les sucedió a los hijos de Israel; pero por amor de Cristo, su pueblo no debe añadir pecado sobre pecado culpando a Dios de las consecuencias de su propia conducta errónea" (*Ibid.*).

Cierta vez, un padre dejó a sus 4 hijos y viajó a una tierra lejana para ganar una fortuna. Estuvo ausente durante mucho tiempo. Al principio sus hijos lo extrañaron mucho, pero conforme pasaron los meses, se acostumbraron a que él no estuviera cerca. Recibieron cartas de su padre en forma regular, cartas que al principio leían, pero más tarde algunos de los

hijos ni se molestaban en leerlas.

Finalmente, después de mucho tiempo, los hijos recibieron una carta en la que su padre les comunicaba el momento de su regreso, la compañía de aviación en la que viajaría y el número de vuelo. La carta decía que su padre había obtenido una fortuna y que quería compartirla con la familia. Los hijos estudiaron la carta y analizaron el programa de vuelos. Indudablemente, había un vuelo en esa fecha.

Finalmente llegó el día del retorno del padre. El segundo hijo, que se había ocupado en preparar una fiesta de cumpleaños para su novia, pensó que el hermano mayor debía ir en la camioneta a buscar a su padre.

El hijo mayor dudó de las cartas en las que su padre decía que había adquirido una fortuna. Sospechó que su padre iba a volver para vivir a costa de sus hijos, así que sacó la idea del retorno de su padre de su mente.

El tercer hijo había leído acerca de que la compañía de aviación había postergado la llegada del vuelo y concluyó que su padre podría venir por sí mismo al hogar.

El padre había dejado el hogar cuando el cuarto hijo era muy pequeño, así que esté casi no conocía a su padre. El no había leído las cartas que su padre había enviado. Pensó que no reconocería a su padre aunque fuese al aeropuerto. Y además, no era su responsabilidad; era demasiado joven para hacer tales tareas.

Pues bien, su padre llegó al aeropuerto, y cuando no encontró a nadie tomó un taxi para llegar al hogar. Cuando el taxi llegó a la casa, los 4 hijos se sorprendieron. Pero cuando les dijo que iba a compartir su fortuna únicamente con quienes creyeron que su carta era suficiente como para encontrarlo en el aeropuerto, "fue el lloro y el crujir de dientes".

Jesús está volviendo. Nuevamente habrá sólo 2 clases de personas: Los prudentes y los necios. Una clase aterrorizada clamará a las rocas y a las montañas que caigan sobre ellos (Apoc. 6: 16). Gozosamente, los otros dirán: "Este es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará" (Isa. 25: 9). "No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará" (Heb. 10: 35-37).

Sí, somos llamados a sentir una expectativa especial en Cristo. Mañana estudiaremos los intentos de Dios de reavivar a su pueblo en estos últimos días.



L L A M A D O S A L

El artículo que incluimos a continuación es una de las exhortaciones más poderosas hechas por Elena de White en procura de reavivamiento y reforma. [Este artículo fue publicado originalmente en *The Review and Herald* del 22 de marzo de 1887. Fue reimpresso en *Mensajes selectos*, t. 1 pp. 141-147].—Robert S. Folkenberg.

REAVIVAMIENTO EN CRISTO

LA MAYOR NECESIDAD DE LA IGLESIA



La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debería ser nuestra primera obra. Debe haber esfuerzos fervientes para obtener las bendiciones del Señor, no porque Dios no esté dispuesto a conferirnos sus bendiciones, sino porque no estamos preparados para recibirlas. Nuestro Padre celestial está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos.

Sin embargo, mediante la confesión, la humillación, el arrepentimiento y la oración ferviente nos corresponde cumplir con las condiciones en virtud de las cuales ha prometido Dios concedernos su bendición. Sólo en respuesta a la oración debe esperarse un reavivamiento. Mientras la gente esté tan destituida del Espíritu Santo de Dios, no puede apreciar la predicación de la Palabra; pero cuando el poder del Espíritu toca su corazón, entonces se quedarán sin efecto los discursos presentados. Guiados por las enseñanzas de la Palabra de Dios, con la manifestación del Espíritu, ejercitando un sano juicio, los que asisten a nuestras reuniones obtendrán una experiencia preciosa y, al volver a su hogar, estarán preparados para ejercer una influencia saludable.

Los que fueron portaestandartes antaño sabían lo que era luchar con Dios en oración y disfrutar del derramamiento de su Espíritu. Pero los tales están desapareciendo del escenario, ¿y quiénes surgen para ocupar sus lugares? ¿Cómo es la nueva generación? ¿Está convertida a Dios? ¿Estamos atentos a la obra que se realiza en el santuario celestial, o estamos esperando que algún poder apremiante venga a la iglesia antes de que nos despertemos?

¿Esperamos ver que se reavive toda la iglesia? Ese tiempo nunca llegará.

Hay personas en la iglesia que no están convertidas y que no se unirán a la oración ferviente y eficaz. Debemos hacer la obra individualmente. Debemos orar más y hablar menos. Abunda la iniquidad, y debe enseñarse a la gente que no se satisfaga con una forma de piedad sin espíritu ni poder. Si somos asiduos en el escudriñamiento de nuestro corazón, si nos libe-



ramos de nuestros pecados y dejamos de lado nuestras malas tendencias, nuestras almas no se elevarán a la vanidad, desconfiaremos de nosotros mismos al comprender siempre que nuestra suficiencia es de Dios.

Tenemos mucho más que temer de enemigos internos que de externos. Los impedimentos para el vigor y el éxito provienen mucho más de la iglesia misma que del mundo. Los incrédulos tienen derecho a esperar que los que profesan ser observadores de los mandamientos de Dios y de la fe de Jesús hagan más que cualesquiera otros para promover y honrar la causa que representan

por su vida consecuente, su ejemplo piadoso y su activa influencia. ¡Pero con cuánta frecuencia los profesos defensores de la verdad han demostrado ser los mayores obstáculos para su adelanto! La incredulidad fomentada, las dudas expresadas, las tinieblas abrigadas, animan la presencia de los malos ángeles y despejan el camino para los planes de Satanás.

ABRIENDO LA PUERTA AL ADVERSARIO

El adversario de las almas no puede leer los pensamientos de los hombres, pero es un agudo observador y toma nota de las palabras. Registra las acciones y hábilmente adapta sus tentaciones para tratar los casos de los que se colocan al alcance de su poder. Si trabajáramos para reprimir los pensamientos y sentimientos pecaminosos, sin darles expresión en palabras o acciones, Satanás sería derrotado, pues no podría preparar sus engañosas tentaciones adecuadas para el caso.

¡Pero con cuánta frecuencia abren la puerta al adversario de las almas los profesos cristianos por su falta de dominio propio! En las iglesias son frecuentes las divisiones y aun las amargas disensiones que honrarían a cualquier colectividad mundana, porque se hace muy poco para dominar los malos sentimientos y para reprimir cada palabra de la que pueda aprovecharse Satanás. Tan pronto como hay un motivo de discordia, el asunto es presentado delante de Satanás para que lo revise, y se le da la oportunidad de usar su sabiduría de serpiente y su habilidad para dividir y destruir la iglesia. Hay una gran pérdida en cada disensión. Los amigos personales de ambas partes, toman el bando de sus respectivos favoritos y así se amplía la brecha. No puede permanecer una casa dividida contra sí misma. Se producen y multiplican los reproches y recriminaciones. Satanás y sus ángeles trabajan activamente para lograr una cosecha de la semilla así sembrada.

Contemplan esto los mundanos y se mofan exclamando: "¡Mirad cómo se aborre-

cen estos cristianos entre sí! Si eso es religión, no la queremos". Y se ven a sí mismos y a su carácter irreligioso con gran satisfacción. Así se confirman en su impenitencia y Satanás se regocija con su éxito.

El gran engañador ha preparado sus artimañas para cada alma que no está fortalecida para la prueba y preservada por constante oración y fe viviente. Como ministros, como cristianos, debemos trabajar para eliminar del camino las piedras de tropiezo. Debemos retirar cada obstáculo. Confesemos y abandonemos cada pecado, para que pueda estar aparejado el camino del Señor, para que él pueda estar en nuestras reuniones e impartirnos su rica gracia. Deben ser vencidos el mundo, la carne y el demonio.

No podemos preparar el camino ganando la amistad del mundo, que es enemistad contra Dios; pero con la ayuda divina podemos quebrantar su influencia seductora sobre nosotros y sobre otros. No podemos, individual ni colectivamente, librarnos de las tentaciones constantes de un enemigo implacable y determinado. pero podemos resistirlas con la fortaleza de Jesús.

De cada miembro de la iglesia debe brillar una luz constante ante el mundo de modo que no sea inducido a preguntar: ¿Qué hace más esta gente que los otros? Puede haber y debe haber un alejamiento de la conformidad con el mundo, y apartarnos de toda apariencia de maldad de modo que no se dé ninguna oportunidad a los adversarios. No podemos escapar de los reproches. Vendrán, pero debemos ser muy cuidadosos de que no seamos reprochados por nuestros propios pecados y desatinos, sino por causa de Cristo.

No hay nada que Satanás tema tanto como que el pueblo de Dios despeje el camino quitando todo impedimento, de modo que el Señor pueda derramar su Espíritu sobre una iglesia decaída y una congregación impenitente. Si se hiciera la voluntad de Satanás no habría ningún otro reavivamiento, grande o pequeño, hasta el fin del tiempo. Pero no ignoramos sus maquinaciones. Es posible resistir su poder. Cuando el camino esté preparado para el Espíritu de Dios, vendrá la bendición. Así como Satanás no puede cerrar las ventanas del cielo para que la lluvia venga sobre la tierra, así tampoco puede impedir que descienda un derramamiento de bendiciones sobre el pueblo de Dios. Los impíos y los demonios no pueden estorbar la obra de Dios, o excluir su presencia de las asambleas de su pueblo, si sus miembros, con corazón sumiso y contrito, confiesan sus pecados,

se apartan de ellos y con fe demandan las promesas divinas. Cada tentación, cada influencia opositora, ya sea manifiesta o secreta, puede ser resisitida con éxito "no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos" (Zac. 4: 6).

ESTAMOS EN EL DÍA DE LA EXPIACION

Estamos en el gran Día de la Expiación, cuando mediante la confesión y el arrepentimiento nuestros pecados han de ir de antemano al juicio. Dios no acepta ahora de sus ministros un testimonio suave y falto de temple. Un testimonio tal no sería verdad presente. El mensaje para este tiempo debe ser alimento oportuno para nutrir a la iglesia de Dios. Pero Satanás ha estado procurando gradualmente despojar a este mensaje de su poder, para que la gente no esté preparada para resistir en el día del Señor.

En 1844, nuestro gran Sumo Sacerdote entró en el lugar santísimo del santuario celestial para comenzar la obra del juicio investigador. Han estado siendo examinados delante de Dios los casos de los muertos justos. Cuando se complete esa obra, se pronunciará juicio sobre los vivientes. ¡Cuán preciosos, cuán importantes son estos solemnes momentos! Cada uno de nosotros tiene un caso pendiente en el tribunal celestial. Individualmente hemos de ser juzgados de acuerdo con lo que hicimos en el cuerpo. En el servicio simbólico, cuando la obra de expiación era realizada por el sumo sacerdote en el lugar santísimo del santuario terrenal, se demandaba que el pueblo afligiera su alma delante de Dios y confesara sus pecados para que pudieran ser expiados y borrados. ¿Se requerirá algo menos de nosotros en este día real de expiación, cuando Cristo, en el santuario de lo alto, está intercediendo a favor de su pueblo, y se ha de pronunciar en cada caso una decisión final e irrevocable?

¿Cuál es nuestra condición en este tremendo y solemne tiempo? ¡Ay! ¡Cuán orgullo prevalece en la iglesia, cuánta hipocresía, cuánto engaño, cuánto amor al vestido, la frivolidad y las diversiones, cuánto deseo de supremacía! Todos esos pecados han nublado las mentes, de modo que no han sido discernidas las cosas eternas. ¿No escudriñaremos las Escrituras para que podamos saber dónde estamos en la historia de este mundo? ¿No llegaremos a entender plenamente la obra que se está efectuando para nosotros en este tiempo y el puesto que noso-

tros, como pecadores, debiéramos ocupar mientras se lleva a cabo esta obra de expiación? Si tenemos alguna preocupación por la salvación de nuestra alma, debemos efectuar un cambio decidido. Debemos buscar a Dios con verdadera contrición; con profunda contrición de alma debemos confesar nuestros pecados para que puedan ser borrados.

No debemos permanecer más en un terreno donde podamos ser fascinados. Nos aproximamos rápidamente al término de nuestro tiempo de gracia. Pregúntese cada alma: ¿Cómo estoy delante de Dios? No sabemos cuán pronto nuestros nombres puedan ser puestos en los labios de Cristo y sean decididos finalmente nuestros casos. ¡Cuáles, oh cuáles, serán esas decisiones! ¿Seremos contados con los justos o seremos incluidos entre los impíos?

LA IGLESIA HA DE LEVANTARSE Y ARREPENTIRSE

Levántese la iglesia y arrepíentase de sus apostasías delante de Dios. Despiértense los atalayas y den un sonido cierto a la trompeta. Tenemos una amonestación definida que proclamar...

Debe levantarse la iglesia para la acción. El Espíritu de Dios nunca podrá venir hasta que ella le prepare el camino. Debe haber un ferviente escudriñamiento de corazón. Debe haber oración unida y perseverante y, mediante la fe, una demanda de las promesas de Dios. No debemos vestirnos con cilicios como en la antigüedad, sino debe haber una profunda humillación del alma. No tenemos el menor motivo para felicitarnos a nosotros mismos ni exaltarlos. Deberíamos humillarnos bajo la poderosa mano de Dios. El vendrá para consolar y bendecir a los que lo buscan de verdad.

La obra está delante de nosotros. ¿Nos ocuparemos de ella?... Dios ha dejado su obra para cada hombre; cada uno tiene una parte que hacer, y no podemos descuidar esa obra, a menos que pongamos en peligro nuestras almas.

Oh mis hermanos, ¿contristaréis al Espíritu Santo y lo haréis alejarse? ¿Excluiréis al bendito Salvador porque no estáis preparados para su presencia? ¿Dejaréis que las almas perezcan sin el conocimiento de la verdad porque amáis demasiado vuestra comodidad para llevar la carga que Jesús llevó por vosotros? Despertemos del sueño.



L L A M A D O S A

TRIUNFAR EN CRISTO

SU VICTORIA ES NUESTRA VICTORIA

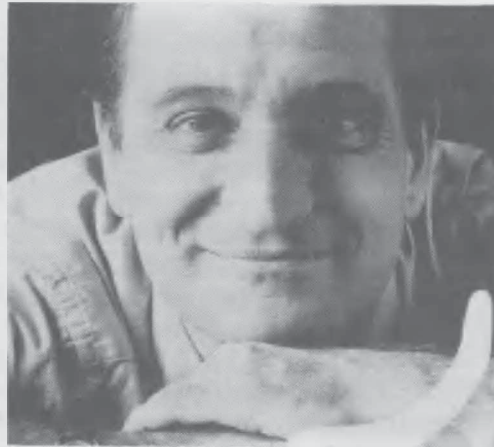


La excitación podía percibirse en el aire durante semanas. Podía verse el polvo antes que la causa que lo levantaba. Podía escucharse el rumor producido por las ruedas de los carros antes que éstos mismos estuvieran a la vista. Todos los habitantes de Roma estarían presentes a lo largo de la Vía Apia, una de las grandes rutas que dio origen al refrán

"todos los caminos conducen a Roma". Se trataba del desfile triunfal de un general romano victorioso. Enormes plataformas de madera de 3 ó 4 pisos de altura eran transportadas presentando de esa manera las victorias bélicas obtenidas. Allí podían verse fortificaciones tomadas por máquinas de guerra, templos enemigos a los que se había prendido fuego y ejércitos conquistados. Algunas de las plataformas, cubiertas de oro y plata, representaban el botín de guerra.

"El general victorioso recibía la bienvenida de los funcionarios gubernamentales en las puertas de la ciudad imperial, donde comenzaba la marcha triunfal. Primero venían los senadores, precedidos por un conjunto de magistrados; después de los senadores desfilaban los trompeteros que anunciaban que se aproximaba el vencedor; luego seguía una larga procesión de carrozas cargadas con los despojos de la guerra, de los cuales se exhibían especialmente los artículos de gran valor, exotismo o belleza. También había toros y bueyes blancos destinados al sacrificio, y aquí y allá los portadores de incienso agitaban sus incensarios para perfumar el ambiente. Con frecuencia aparecían en el desfile leones, tigres, elefantes y otros extraños animales de los países conquistados. A continuación marchaban los reyes, príncipes o generales cautivos y un largo desfile de prisioneros de menor jerarquía, atados y engrillados. Por último venía el gran vencedor de pie en una espléndida carroza. Sobre la cabeza llevaba una corona de laureles o de oro. En una mano sostenía una rama de laurel, emblema de la victoria, y en la otra su bastón de mando en señal de autoridad" (*Comentario bíblico adventista*, t. 6, p. 836).

Pablo tenía en mente la imagen de una procesión triunfal como ésta cuando escribió: "Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden" (2 Cor. 2: 14, 15).



En otro momento y de una manera diferente, otro Rey hizo su entrada triunfal. El rey Jesús hizo su ingreso triunfal en Jerusalén montado sobre un pollino. Así como los generales victoriosos entraban en Roma como héroes, el rey Jesús entró en Jerusalén como un rey conquistador la semana de su crucifixión, cumpliendo así la profecía de Zacarías: "Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna".

¡Cuán contrastantes son esas 2 procesiones! El vencedor romano arrastraba a los príncipes subyugados cubiertos de cadenas de esclavitud.

Jesús era seguido por un pueblo al que había liberado de la esclavitud de la enfermedad y del pecado. Conduciendo el asno que cargaba a Jesús estaba Lázaro, recientemente liberado de la muerte misma. Jesús estaba rodeado no de cautivos golpeados, sino de esclavos liberados; no de enemigos humillados, sino de amigos victoriosos. "Competían unos con otros por

rendirle homenaje" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 524). La multitud que dio la bienvenida a Jesús en Jerusalén aquel domingo de la semana de la pasión rindió a Jesús el tributo destinado a la realeza victoriosa.

Durante toda la semana hemos estado estudiando cómo vivir de manera triunfante en Cristo. Cuando vivimos una vida de arrepentimiento y tenemos una certeza confiada respecto de nuestra relación con Jesús, podemos vivir vidas victoriosas. Estamos participando de una marcha triunfal juntamente con Cristo, marchando rumbo a Sion. Uno podría preguntar: "¿Cómo puedo triunfar hoy teniendo tantos problemas?" Otro podría decir: "¡Me siento un fracasado!"

Recordemos que la victoria es del Señor, no nuestra. Cuando un equipo obtiene una victoria y consigue un trofeo, el equipo completo es el ganador. En la vida cristiana es importante que estemos en el equipo correcto, en el equipo de Dios. Dios obtuvo la victoria en la cruz, por medio de Jesucristo.

CUANDO JESUS RETORNE

La victoria que experimentamos hoy será dramáticamente amplificada cuando Jesús vuelva victorioso. Lo que experimentamos hoy es apenas un sorbo de la victoria que experimentaremos aquel día cuando "un cielo nuevo y una tierra nueva" (Apoc. 21: 1) sean creados por nuestro Dios victorioso. La sensación de triunfo que tenemos hoy es una anticipación del momento glorioso cuando Dios enjugará "toda lágrima de los ojos de ellos" (vers. 4). Imagine el desfile de los triunfadores, cuando el dolor y el sufrimiento provocados por el pecado hayan desaparecido para siempre.

Elena de White describe la primera ascensión de Jesús. Podemos aprender de ello, pues el segundo advenimiento de Cristo será similar: "Según iban ascendiendo hacia la santa ciudad, los ángeles que escoltaban a Jesús exclamaban: 'Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria'. Los ángeles de la ciudad exclamaban arrojados: '¿Quién es este Rey de gloria?' Los ángeles de la escolta respondían con voz de triunfo: 'Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla. Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria'. Nuevamente los ángeles del cielo preguntaban: '¿Quién es este Rey de gloria?'. Los ángeles de la escolta respondían en melodiosos acentos: 'Jehová de los ejércitos, él es el Rey de la gloria'. Y la celeste comitiva entró en la ciudad de Dios. Entonces toda la hueste celestial rodeó a su majestuoso Caudillo, e inclinóse ante él con profundísima adoración, arrojando las brillantes coronas a sus pies. Después pulsaron las áureas arpas, y con dulces y melodiosos acordes hinchieron todo el cielo de embelesadora música y cánticos en loor del Cordero que había sido inmolado, y sin embargo vive en majestad y gloria" (*Primeros escritos*, p. 190).

Muchos son tan temerosos y dudan tanto acerca de su propia seguridad en Cristo, que cualquier conversación acerca del triunfo parece prematura. Inseguros de su propia salvación, no experimentan victoria alguna y no esperan triunfo diario alguno hasta que se encuentren sobre el mar de vidrio. Sus preocupaciones son más propias del tiempo de angustia que del tiempo de gracia. Su atención está más puesta en el dolor que en la paz prometida presente. Son tan aprehensivos respecto de las leyes dominicales venideras que pierden la oportunidad de ingresar en el reposo sabático prometido ahora.

Pero el triunfo en Cristo no se basa en nuestros hechos sino en los de Cristo. La Biblia entera se ocupa de la victoria y del triunfo, de vencer, de ganar. Jesús compara el reino de Dios con un banquete (Luc. 14: 16-24), y también con una invitación a una fiesta de boda provista por un rey (Mat. 22: 2-14). Las victorias de la Biblia no son nuestras victorias sino las de Dios. Ese es el mensaje de los siguientes versículos:

"Porque Jehová vuestro Dios va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos, para salvarlos" (Deut. 20: 4).

"Y Jehová dio la victoria a David por dondequiera que fue" (2 Sam. 8: 6).

"Porque no confiaré en mi arco, ni mi espada me salvará; pues tú nos has guardado de nuestros enemigos, y has avergonzado a los que nos aborrecían" (Sal. 44: 6, 7).

"El caballo se alista para el día de la batalla; mas Jehová es el que da la victoria" (Prov. 21: 31).

Demos una mirada a las victorias que Dios ha obtenido por nosotros.

El obtuvo por nosotros la victoria sobre el diablo en el desierto. Satanás lo tentó 3 veces, pero Jesús no claudicó y los ángeles acudieron en su ayuda (Mat. 4: 11).

Expulsó a Satanás (Juan 12: 31) y venció al dragón (Apoc. 12: 7-10).

Obtuvo la victoria sobre los poderes de las tinieblas. "Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Col. 2: 15).

Como consecuencia del triunfo de Jesús en la cruz, la muerte no puede echar a perder nuestro sentimiento de victoria. Jesús transformó un símbolo de derrota —la cruz— en un símbolo de victoria. No más un instrumento de derrota total, la cruz ha llegado a ser un símbolo de la victoria eterna.

El triunfo de Cristo no es algo que él hace por sí mismo. No se trata de la victoria arrogante que experimentamos en la Tierra. Su misión de triunfo y victoria fue realizada para nosotros, en nuestro favor. Su victoria es nuestra victoria. Es una victoria multifacética.

El nos concede la victoria sobre el pecado. "¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? (Rom. 6: 1, 2; léase también 1 Juan 5: 4; Rom. 8: 35-37).

El nos concede la victoria sobre la muerte (léase 1 Cor. 15: 54-57). Jesús "sabía que la vida de los discípulos que confiasen en él sería como la suya, una serie de victorias sin interrupción, no vistas como tales aquí, pero reconocidas así en el gran más allá" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 634). Puede ser que los cristianos no parezcan triunfadores. Pueden parecer perdedores a los ojos del mundo. Pero la batalla decisiva ha sido ganada y la victoria es nuestra. Como dijo Jesús: "Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella" (Mat. 16: 18). Todos formamos parte del cuerpo de Cristo y triunfaremos en él.

Pero a pesar de la victoria de Cristo, habrá ocasiones cuando el desánimo presione desde todas las direcciones, cuando la derrota parezca inminente. En tales ocasiones, debemos recor-

dar que la victoria se encuentra en las manos del Señor. Elena de White escribió: "Cuando pensáis que la obra está en peligro: 'Señor, toma el timón. Condúcenos a través de las dificultades. Llévanos a salvo hasta el puerto'. ¿No tenemos acaso razones para creer que el Señor nos conducirá triunfalmente" (*La fe por la cual vivo*, p. 284).

YENDO A CASA

Un prominente ciudadano del pueblo se encontraba en su lecho de muerte. Mientras se encontraba allí, en su amado hogar, rodeado de los mejores doctores, susurró con un dejo de desesperanza: "Estoy yéndome de casa. Estoy yéndome de casa". En el otro extremo del pueblo yacía una figura solitaria, sin nadie a su alrededor. Su modesto hogar contenía apenas lo más elemental para la subsistencia. Pero en sus ojos había un resplandor de fe. Antes de expirar susurró triunfante: "Estoy yendo a casa. Estoy yendo a casa".

La Biblia nos asegura que aunque "[nuestros] pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Isa. 1: 18). ¡Alabado sea Dios porque hay poder en la sangre. Y no sólo somos perdonados sino que la victoria es cierta, porque "el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1: 6). Si esta tierra es nuestro único hogar, encontraremos la derrota a cada paso. Pero nuestro hogar celestial trae consigo un final de triunfo para todo nuestro pesar, dolor y derrota.

Satanás puede tratar de desanimarnos dándonos la impresión de que la nuestra es una causa perdida y que la victoria estará siempre fuera de nuestro alcance. Tal vez algunos de nosotros estamos convencidos de que es imposible ser vencedores, de que remontar el vuelo es demasiado difícil. El panorama pintado por el mal sugiere que sólo una pequeña mayoría, los mejores de entre los mejores, tendrán alguna oportunidad de salvarse.

Pero Juan el revelador no lo deja a uno con esa impresión (léase Apoc. 7: 9, 10).

Juan no se refiere a los salvados como si fueran una pequeña minoría. No sugiere que la victoria de Cristo fue efectiva sólo para unos pocos. En lugar de eso, Juan proclama que los salvados que vio en visión constituían "una gran multitud que nadie podía contar". Alabado sea el Dios que ha abierto las puertas del cielo para todos los que elijan seguir a Jesús.

DIME, POR FAVOR, ¿QUIEN ERES, SEÑOR?

S A B A D O



YO SOY EL QUE SOY

Referencia bíblica: Exodo 3: 1-14.

PARA NIÑOS

**Temas preparados por
Malcolm Allen, director
asociado del departamento
de los Ministerios de la
Iglesia de la Asociación
General.**

Hace varios años cuando estuve en Gana, Africa Occidental, asistí a una recepción oficial invitado por el rey de los Ashanti.

Después de la fiesta, me invitaron a visitar el palacio, donde pude ver el trono del rey. Era un sillón labrado, totalmente enchapado en oro puro. La base y las patas del trono configuraban la primera letra de su alfabeto y era también el nombre del dios de ellos.

Al que me guiaba le pregunté cuál era el significado del nombre de su dios y su respuesta fue "el Yo soy". Desconozco si ellos habían oído acerca del verdadero Dios al que nosotros adoramos. Lo cierto es que Dios se puso un nombre extraño que suena bastante parecido al mencionado.

Cierta vez Moisés estaba pastoreando las ovejas en el desierto de Madián, cuando Dios le habló desde una zarza ardiente. Dios le dijo que debía decirle al rey de Egipto que dejara salir al pueblo para que regresara a su propia tierra. Por supuesto que Moisés se puso un poco nervioso al saber lo que tenía que hacer. Por eso preguntó: ¿Qué autoridad tengo yo? ¿Qué les voy a informar acerca del que me envió?

Dios respondió:

—Diles entonces el nombre del Dios que te envió.

—¿Qué nombre les daré? —siguió preguntando Moisés.

—Diles que "Yo soy el que soy" me envió a ustedes.

Por supuesto que era un nombre extraño.

Moisés conocía bien su significado. Es un nombre con autoridad.

Cuando Moisés contó a los Israelitas acerca de quién lo había enviado, entendieron bien de quién se trataba. Cuando Moisés entrevistó a Faraón, el rey de Egipto, también lo entendió, pero no quiso admitirlo. Faraón sabía muy bien que se trataba del Dios vivo que tiene el poder de crear todo lo que quiere.

Es cierto que los egipcios tenían varios dioses hechos de madera y piedra; sin embargo, ninguno de ellos tenía vida, tampoco podían hablar. En cambio este Dios, Yo soy el que soy, es el Dios Creador que tiene todo el poder y autoridad, porque es real y verdadero. Diferentes a los dioses inanimados de madera o piedra que adoran los paganos, nuestro Dios Yo soy, ¡existe realmente y vive!

Por causa que Yo soy es tan grande, sabio y poderoso, Satanás comenzó a esparcir mentiras acerca de él. El Diablo comenzó a decir que Dios era cruel y que no perdonaba a nadie; por esa causa algunos comenzaron a tenerle miedo. Después de un tiempo muchos aceptaron la falsedad y dejaron de creer en él. Por esta causa envió a su Hijo, Jesús, para que nos muestre realmente cómo es Dios.

Estoy realmente feliz porque lo hizo. Ahora podemos entender muchísimo mejor a nuestro Dios. Gracias a Jesús sabemos que Dios es cariñoso, comprensivo y perdonador. No quiere hacernos daño. Tampoco es como esas personas en cuya presencia uno no se siente seguro. Puede que su nombre sea un tanto raro, pero le gusta a la gente, quiere a los niños y también a los ancianos. También te quiere a ti y a mí.



¡DIME, POR FAVOR, ¿QUIEN ERES, SEÑOR?"

Referencias bíblicas: Mateo 11: 1-13; Lucas 15: 11-13; Mateo 19: 14, 15.

• Antes que Dios enviara a Jesús a la tierra, la gente quería saber a qué cosa se asemejaba Dios. Cuando en el cielo escuchaban el estruendo de los truenos que retumbaban y veían cómo las tormentas arrasaban los árboles, pensaban que Dios estaba enojado.

Hasta gritaban para que se calmara y no les hiciera daño.

En otro momento, cuando al salir el sol sus rayos iluminaban la hermosa faz de la tierra, pensaban que el gran Dios había amanecido contento. Entonces se preguntaban, ¿será que él sabe cuándo estamos en problemas? ¿Será que él siquiera piensa en nosotros? No estaban seguros de ello.

Hay gente que hace imágenes

• para dirigir sus oraciones a unos dioses horribles, hechos de madera o de oro. Aunque parezca raro, las hacen para que los protejan del verdadero de Dios.

• Otros, por supuesto, aunque creyentes, no tienen idea a qué cosa se parece Dios. También le tienen un poco de temor.

• Por esto es que Jesús vino a la tierra para contarles acerca de la personalidad encantadora de Dios y de lo maravilloso que es el lugar donde él vive.

• Les contó que allí todos estarían felices y que nada les haría daño. Especialmente les relató a sus discípulos las historias que más les gustaba escuchar, como por ejemplo, de dónde había venido —dónde reside Dios— lugar en el cual nosotros también podremos vivir.

• Jesús dijo: "Tú no debes tenerle miedo a Dios. Es un amigo bondadoso y el más cariñoso que puedes tener. Si piensas que es cruel y rudo, quita esa idea de tu mente. Es

• un amigo que está tan interesado en ti, que incluso se preocupa mucho más que los padres que aman a sus hijos. Por eso al orar, lo llamamos "Padre nuestro".

• Cierta vez, Jesús estaba hablando a unas personas que habían sido muy malas. Estaba triste por lo que habían hecho. Ellos incluso temían que Dios no los perdonara. Para ayudarlos a entender a Dios, Jesús les contó la historia de un niño que se fue de la casa. Su decisión partió el corazón del papá. Lejos de los suyos, vivió a lo mundano. Cuando se le acabó la plata y comenzó a pasar hambre, le dieron ganas de regresar a su feliz hogar, pero tenía temor de volver. Imaginó que el papá estaba furioso. Finalmente, sin importarle lo que pudiera suceder, volvió a casa, pero antes de llegar, tuvo la gran sorpresa de su vida. En lugar de encontrar a un padre enojado, descubrió que el papá salió corriendo a recibirlo con los brazos abiertos. Una amplia sonrisa y un cariñoso abrazo precedió al grito emocionado, "Mi hijo volvió a casa! ¡Mi hijo está de regreso!"

• Entonces Jesús dijo: "Así es como actúa Dios. Cuando tú haces algo que está mal, lo hiere terriblemente, pero cuando a ti te da pena por lo que hiciste, todos se alegran, incluso los ángeles del cielo".

• A Jesús le encantaba contar a la gente de Dios y de su hogar. "Porque tengo tanto interés en ti", decía él, "vine para darte estas buenas nuevas del reino, y para que sepas cuánto nuestro Padre te ama, y de todo lo que está haciendo para que un día no muy lejano también disfrutes de su compañía".

• Estoy muy feliz de que Jesús haya venido a contarnos esto. Quiero estar allí con él. Tú también, ¿verdad?



Jesús vino a la tierra para contarles acerca de la personalidad encantadora de Dios y de lo maravilloso que es el lugar donde él vive.



YO SOY... LA LUZ"

Referencia bíblica: Juan 8: 12.



Cierta vez Jesús y sus discípulos estaban saliendo del templo de Jerusalén justo cuando estaba oscureciendo. Era el tiempo en que el pueblo festejaba la Fiesta de los Tabernáculos. Junto a los portales, había 2 gigantescas lámparas, una a cada lado del templo. Como parte del festival brillaban de día y de noche. Su resplandor era tal que podía verse desde todos los puntos de la ciudad. De pie entre las dos luminarias, Jesús dijo, "¡Yo soy la luz del mundo!"

¿Qué quiso Jesús decir con eso?

Les explicó que cualquiera que lo siguiese, nunca andaría en la oscuridad, por el hecho de tener la luz. Cuando permitimos

que Jesús entre a nuestro ser, y creemos en sus palabras, es como una de esas lámparas que alumbraba cada rincón de nuestra vida. Por esto Jesús dijo, "Yo soy la luz del mundo". Cuando Cristo está en nuestro ser, no puede haber pecado alguno, por que al tener su luz en el corazón, las tinieblas del pecado no tienen lugar.

Cuando era niño, tenía temor de la oscuridad. No teníamos electricidad. Utilizábamos lámparas de aceite y velas. Necesitábamos llevar las lámparas de una habitación a otra. Había muchos lugares oscuros y sombras que cubrían áreas extensas. ¡No me gustaba para nada!

Recuerdo perfectamente bien el día cuando llegó la electricidad. Resultó ser tan emocionante, que no pude esperar que se hiciera de noche para encender las luces. La casa se iluminó. Acabaron los rincones oscuros y desaparecieron las sombras tenebrosas. También desapareció mi temor porque ahora teníamos luz.

Si tú sientes temor, deja que Jesús sea tu luz. El Señor prometió encender la vela de nuestro ser. El quiere proporcionarnos las respuestas que necesitamos y orientarnos para que podamos distinguir entre el bien y el mal. Si utilizamos su luz, no tendremos temor ni nos perderemos en la oscuridad que produce el pecado en el mundo.

La Biblia llama a Satanás "Príncipe de las tinieblas". Este enemigo trata que desconozcamos las buenas nuevas acerca de Dios. Es el causante de todo dolor, problemas y muertes que existen en el mundo. Después culpa a Dios por todo lo que sucede. Al mantener a las personas rodeadas de tinieblas, la gente no puede saber nada acerca de Dios.

Hace años visité una mina de carbón.

Descendí a las profundidades para saber cómo era. La única luz que disponíamos era de una pequeña linterna que tenía el casco que utilizamos para entrar a la mina.

Después de haber recorrido cerca de 2 kilómetros, el guía nos dijo: "Aquí comencé a trabajar cuando era niño. Entonces no teníamos linternas. Utilizábamos velas".

Seguidamente dijo que apagamos las linternas. ¡La oscuridad era total! Mientras permanecemos en tinieblas, el anciano nos contó que a veces tenía que trabajar solo, y cuando se acababa la vela, quedaba en la situación que ahora estábamos nosotros. Si los fósforos también se terminaban, tenía que salir a tientas. Resultaba muy difícil encontrar el camino.

Mientras permanecemos escuchando a oscuras, de pronto apareció alguien con una lámpara, y súbitamente pudimos ver otra vez. La oscuridad se había disipado.

Muchas veces pensé en ese niño que trabajaba en el interior de la mina, y en su situación de quedar sin vela y sin fósforos. En más de una ocasión sentí del mismo modo. Vivo en un mundo que está rodeado por la densa oscuridad del pecado. No puedo ver, menos encontrar el camino. En esas circunstancias, es posible hacer algo: Pedirle a Jesús que ponga su luz en la vela de nuestro ser. Cuando estamos con Jesús, no hay sombras ni oscuridad alguna porque él es la luz. El comparte su luz para que nuestro ser esté iluminado y podamos ver el camino por donde debemos andar. Juan escribió, "Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él" (1 Juan 1: 5).

Quiero que Jesús sea mi luz, siempre. Tú deseas lo mismo, ¿verdad? Jesús quiere ser tu luz.



YO SOY... EL PAN DE VIDA"

Referencia bíblica: Juan 6.



Cierren los ojos por un momento. Imaginen que estamos caminando por una calle. Por el rico olor a pan, sabemos que estamos pasando frente a una panadería. Al pensar ahora que están comiendo rico pan fresco, ¿no se les hace agua la boca? Nada es comparable al olor del pan recién salido del horno.

En muchos países la gente fabrica su propio pan y lo come. Jesús tiene que haberlo sabido, porque utilizó al pan como ilustración para enseñarnos más acerca de Dios.

Cierta vez, una multitud vino para visitar a Jesús. Tuvieron que caminar muchísimo para encontrarlo. Estando con ellos, el Maestro anduvo entre la gente para escuchar sus preocupaciones y sanar a los niños enfermos, oportunidades que aprovechó para contarles asuntos maravillosos acerca de su Padre

celestial. Los discípulos lo acompañaron para ayudar a la gente en todo lo que podían.

Pasaron las horas y el día comenzó a declinar. Cristo se puso a pensar en la pobre gente que estaba cansada y hambrienta. Quería que tuvieran algo para comer.

—Felipe, ¿se te ocurre algo que podamos hacer?— preguntó Jesús.

—Maestro, no hay nada que se pueda hacer. No contamos con suficiente dinero para comprar pan para esta multitud, y si lo tuviéramos, tampoco hay panaderías por estos lugares.

En eso llegaron los otros discípulos y sugirieron:

—Señor, despide a la gente para que se vaya a su casa.

—De ninguna manera —respondió el Maestro—. No podemos hacer eso. Démosle nosotros de comer.

—Pero Señor, ¿de qué manera? ¡Esto es imposible! Al único que vimos con algo de comer es a un muchachito que tiene 5 pedazos de pan y dos pececitos.

—Tráiganlo —respondió Jesús.

Así fue como el jovencito vino y entregó a Jesús lo que todavía felizmente no había comido. La gente se sentó en el pasto. Todos estaban expectantes por lo que ocurriría.

Jesús tomó la canastita del chico, abrió el pañito en que estaba envuelta la comida, y al sacar los panecillos y pescaditos ofreció una oración de gratitud a Dios después de lo cual comenzó a partir el pan que a su vez fue pasando a cada uno de los discípulos. Mientras tanto la gente atónita observaba cómo Jesús con sus dedos seguía cortando en pedazos la comida y no disminuían, ni los panecillos ni los pececillos. A los discípulos les pareció un sueño increíble.

La multitud hambrienta, entre la cual había muchos niños, comió hasta saciarse. Además, quedó un sobrante de 12 cestas de comida. Entonces Jesús se dispuso a despedir a la gente que por supuesto quería permanecer en la presencia de Cristo. Todos estaban muy felices. Mientras muchos vitoriaban y aplaudían, otros en el acto querían proclamarlo rey.

Al otro día, la gente vino al mismo lugar para buscar a Jesús pero no lo encontraron. Prosiguiendo con su búsqueda lograron encontrarlo muy distante, al otro lado del lago.

Jesús les dijo:

—Conozco bien la razón por la cual me están buscando. Disfrutaron la comida, y lo que les pareció mejor es que les salió todo gratis. Ahora les gustaría que la situación se repitiera. Podría darles del mismo pan que comieron ayer pero, volverían a tener hambre. Puedo darles un mejor pan que ese, y si lo comen, nunca les dará hambre (véase Juan 6).

—Danos ese pan especial —suplicó la gente.

Jesús entonces les respondió:

—Yo soy el pan de vida.

Los que no entendieron preguntaron de inmediato:

—¿Qué quieres decir con eso?

Otros comprendieron lo que Jesús les estaba diciendo. El Señor quiere que tengamos hambre de saber lo que tiene para decirnos. Su Palabra tiene todas las respuestas que necesitamos. El pan que sale del horno tiene la capacidad de saciar nuestro apetito por unas horas, pero el pan de Dios —su vida, su Palabra— nos da vida ahora y siempre, si creemos en él. Esto es lo que Cristo quiso decir cuando aseguó "Yo soy el pan de vida".

El espera que tú aproveches ese pan. También espera ver tu sonrisa y desea escuchar tu voz diciéndole: "¡Gracias, Jesús!"



YO SOY... EL AGUA DE VIDA"

Referencia bíblica: Juan 7: 1-46.

¿Estuvieron ustedes alguna vez realmente sedientos con la boca, la lengua y la garganta completamente secas? ¡Con seguridad no pudieron pensar en otra cosa que no fuese un vaso de agua fría!

Cierta vez pasé por esta experiencia. Con un grupo de jóvenes estábamos lejos, entre las montañas. Era verano y hacía mucho calor. Habíamos estado caminando el día entero. Todos teníamos hambre y estábamos sedientos. La provisión de agua se nos había terminado. Mientras más pensábamos en el agua, más sedientos nos sentíamos.

De pronto alguien recordó que en cierta dirección, arriba entre las montañas, debería haber un pequeño manantial de agua pura, fresca y cristalina. Comenzamos entonces a pensar cuán bueno sería el momento cuando pudiéramos beber esa agua. Al escalar nos parecía que no llegaríamos nunca a la bendita fuente.

Finalmente arribamos al destino, y cuál no fue nuestra decepción al encontrar el manantial casi seco. El agua estaba sucia y el lugar olía horrible, porque allí venían los animales silvestres buscando lo mismo que nosotros: agua.

LA MEJOR FUENTE

Jesús siempre estuvo atento para encontrar maneras a fin de enseñar a la gente alguna lección acerca de Dios. Era el último día, el mejor del festival judío en Jerusalén. La parte más importante de la celebración residía en la extracción del agua.

Una multitud agitando ramas de palmera y entonando alabanzas al Creador se dirigía al estanque de Siloé, y después de sacar agua, la traía al templo para una ceremonia

especial. Encabezando la procesión iban los sacerdotes vestidos con sus finos ropajes, mientras el dirigente principal llevaba un gran jarrón dorado que con toda ceremonia en el estanque llenaba con agua pura, fresca y cristalina. Después la trasportaba al Templo, mientras cantaban y alababan al Señor durante todo el trayecto.

De regreso, en el Templo todos observaban al sacerdote con su gran jarrón dorado que contenía el agua pura, fresca y cristalina que sería vertida sobre el altar. Era la celebración para recordar cómo Dios les había proporcionado a su pueblo en el desierto agua pura fresca y cristalina. La ceremonia recordaba también que a todos los sedientos de Dios, él les había dado la especial bendición de apagar su sed espiritual. Sin embargo, en la multitud que participaba del acto, había muchos que no eran felices, estaban sedientos de Dios.

En el momento culminante de la ceremonia, al son de una trompeta de plata, el pueblo cantó, "¡Oh, agradece a Dios por su misericordia que permanece para siempre!" Entonces la música cesó. Durante la pausa, mientras reinaba el silencio, de pronto se escuchó clara y potente la voz de Jesús. Todos se volvieron para ver de qué se trataba. Entonces el Maestro expresó con mucha claridad: "Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. Yo soy el agua de vida".

Ahora la gente entendió el significado completo del festival. Realmente querían conocer a Dios. Sus corazones estaban sedientos. Jesús les dijo, "Yo soy el agua. Vengan y beban de mí. Aprendan y escuchen lo que tengo para decirles. Nunca se chasquearán".

¿Estás hoy sediento de Jesucristo?



"Yo soy el agua. Vengan y beban de mí. Aprendan y escuchen lo que tengo para decirles. Nunca se chasquearán".



“YO SOY... EL BUEN PASTOR”

Referencias bíblicas: Mateo 8: 12-14; Lucas 15: 3-7; Juan 10: 11, 18.



Salió a buscarla por el valle y también por la montaña. Buscó cuidadosamente a su ovejita perdida. Por fin la encontró.

Jesús tenía maneras muy interesantes para establecer contacto con las personas. No les predicaba sermones extensos ni utilizaba palabras altisonantes. Sólo comenzaba a hablarle a la gente. A veces le hacían preguntas; pero de preferencia les contaba historias. Mediante relatos Jesús comunicaba mensajes que los oyentes necesitaban saber y comprender.

Una vez contó la historia de un gran rey que estaba rodeado por sus empleados en un gran salón de su palacio. Todos estaban junto a una mesa que tenía varios montoncitos de dinero. Otras veces contó diversos relatos como los de un hombre tacaño que se dedicó a acumular propiedades, el de un fariseo que fue al templo a orar, y el de otro hombre rico que pese a tener muchos recursos, no estaba dispuesto a ayudar a los pobres que venían a su puerta con el fin de pedir comida.

Entre los muchos temas que presentó, había uno que a Jesús les gustaba muchísimo enseñar. Era acerca de Dios a quien presentaba como padre de todos nosotros, y además, como Salvador interesado en redimir aun a los niños y niñas que son desobedientes y malos. La gente podía entender muy bien las historias de Jesús porque eran extraídas de la vida real.

Cierta vez, mientras Jesús caminaba con sus discípulos en dirección a Jerusalén, contó la historia de una oveja. En muchos lugares del mundo los agricultores pastorean sus ovejas — no miles ni centenas de ovejas— apenas unas pocas. Temprano de mañana, su dueño las llama por nombre y lo siguen. Sale para llevarlas a los lugares donde hay buenos pastos. Las cuida durante todo el día. Se preocupa para que estén seguras frente a los peligros y que tengan buena provisión de agua. Si hace calor, vela a fin de que tengan sombra apropiada para descansar. Al caer la tarde conduce a sus ovejas de

regreso al hogar. Las cuenta para estar seguro de que están todas completas; después cierra bien la puerta para que nada ni nadie les haga daño durante la noche.

Después Jesús contó acerca de un agricultor que tenía 100 ovejas. Cierta vez al salir para que pastaran donde había alimento suficiente, una de las ovejitas, traviesa y desobediente, se alejó del rebaño y acabó perdiéndose. El pastor —como denominan a la persona que cuida de las ovejas—, *muy preocupado, comenzó a pensar lo que sucedería si su ovejita se despeñaba por la montaña y cayera sobre las rocas, o si fuera atacada por animales salvajes.*

Con esa preocupación salió a buscarla por el valle y también por la montaña. Buscó cuidadosamente a su ovejita perdida. Por fin la encontró. Estaba sumamente cansada para caminar. La levantó y la cargó sobre sus hombros de regreso al hogar. Al llegar a casa, llamó sus amigos. Les hizo saber que se sentía muy feliz, y es por eso que los invitó a ir a casa a fin de celebrar una fiesta porque había hallado la ovejita que se había extraviado.

Entonces Jesús dijo: “¡Yo soy el buen pastor, el buen pastor su vida da por las ovejas!”

“Así es exactamente como Dios siente” dijo Jesús, “cuando sus hijos e hijas se apartan de él”.

Nosotros no somos ovejas, pero Dios nos ama mucho más que a las ovejas y tiene el mismo interés con el que un buen pastor quiere a sus ovejas. Si nos apartamos, nos busca y se alegra cuando nos encuentra.

Jesús conoce el nombre de cada niño y niña. Los ama a cada uno. Sabe todo acerca de nosotros y se preocupa por nuestra situación. Murió para que podamos volver a estar seguros en su hogar. Jesús es alguien a quien tú puedes amar y en quien puedes confiar.



O SOY... EL CAMINO"

Referencia bíblica: Juan 14: 1-14.

¿Se imaginan lo que habrá sido caminar con Jesús cuando él anduvo por esta tierra? Intentemos hacerlo ahora. Cierren los ojos y desde el fondo de la mente bajen el telón para que podamos proyectar el cuadro que imaginaremos acerca de lo que habrá sido dicho privilegio.

Jesús está caminando con sus discípulos por una senda polvorienta. Van de Jerusalén en dirección a Capernaum. Es temprano de mañana.

Mientras avanza, no ve señales camine-ras que orienten al grupo. Así es como llegan a una intersección. Surge entonces la pregunta: ¿Cuál será el camino que conduce a Capernaum? Pedro le pregunta a un hombre que está por allí. Lamentablemente éste no sabe nada. Andrés se acerca entonces a una mujer que está vendiendo naranjas; ella tampoco sabe nada. Jesús le sugiere a Tomás que consulte a un hombre que viene montado en un burrito. Quizás él sabe el camino.

Al acercarse el viajero, Tomás le pregunta: "¿Conoces el camino que va a Capernaum?"

"Sí" responde el hombre y agrega: "Justamente vengo de allí. Puedo orientarlos para que lleguen sin problemas". Así lo hace.

Meses después, Jesús con sus discípulos está finalizando la cena pascual. Entonces comienza a decirles: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino".

"¿Cómo, pues, podemos saber el camino?" dice Tomás. No tenían la menor idea.

Jesús amablemente le dice: "Tomás, recuerda el día que fuimos a Capernaum?"

¿Cómo encontramos el camino?" Después de una pausa agrega. "Le preguntaste al

hombre del burrito que venía justamente de Capernaum.

Conocía el camino".

Ahora, dirigiéndose a todos los discípulos afirma: "Si ustedes quieren ir al cielo, para llegar, tienen que consultar a uno que vino de allí.

Pregúntenme a mí. Yo vine del cielo y regresaré. Yo soy el camino.

Si quieren saber acerca del camino, permítanme que les proporcione la orientación exacta. Escúchenme. Realmente el único que conoce el camino soy Yo".

Esto es verdad. No podemos pretender ver y estar con Dios a menos que conozcamos primero el amor de Jesús.

Estoy muy contento de haber escuchado esta historia. Quiero vivir con Jesús para siempre. Y como él conoce el camino y nos prometió llevar, confiemos en su capacidad de conducirnos con seguridad al destino final. Dejemos que Jesús nos guíe. No le preguntemos a ningún otro acerca del camino. Jesús es el camino. ¿Estás escuchándolo y dejando que te guíe por ese camino?



“Y O SOY... LA VIDA”

Referencia bíblica: Juan 3: 1-21.



Cierta vez hubo un hombre muy importante que quería conversar con Jesús, sólo que no deseaba ser visto por otros en su presencia. Esperó la puesta del sol. Cuando se hizo oscuro, amparado por la noche encaminó sus pasos en dirección al huerto que frecuentaba Jesús. Tenía muchas preguntas acerca de Dios, el lugar donde vivía, y cómo llegar a su presencia. Su nombre era Nicodemo. Encontrarás la historia en Juan 3.

En su provechosa conversación con Nicodemo, Jesús le dijo: “Aquellos que creen en mí no morirán como los pecadores. A ellos les daré vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda más tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el

mundo sea salvo por él”.

Un joven comenzó a pensar acerca de la existencia y cierto día le preguntó a un anciano bondadoso: “¿Puedes decirme que es lo realmente importante en la vida?”

Después de pensar un rato, el hombre invitó al joven que lo acompañara hasta su auto que estaba estacionado en la calle. El anciano tomó al joven por el brazo, lo condujo frente al coche, y después dio un puntapié a una de las ruedas delanteras.

—¿Qué es esto? —preguntó el anciano.

—Es la rueda, —respondió el joven.

—¿Qué hay en la rueda? —preguntó el anciano.

—Un neumático.

—Respondiste bien —dijo el hombre.

Entonces condujo al joven al otro lado del automóvil y lo situó frente a la otra rueda delantera. Seguidamente repitió el proceso con el resto de las ruedas. Siempre hizo las mismas preguntas. Al joven le pareció todo esto un enigma muy extraño.

—Ahora —dijo el veterano—, ¿qué pasaría si dejo salir el aire de cada uno de los neumáticos?

Pensando que el viejo había perdido la cabeza, el joven dijo:

—¿Tendría las llantas desinfladas!

—¡Acertaste, tienes razón! —dijo en forma pausada el anciano—. Un coche para andar necesita sus cuatro neumáticos bien inflados. Es como la vida. Si las cubiertas no tienen aire, el vehículo simplemente no se puede mover. Puedes tener un cuerpo resistente, una mente brillante, capacidad de ganar mucho dinero, puedes poseer muchos juguetes, pero eso no es lo más importante. Lo esencial es tener a Dios en la vida. Imagina ahora que el aire de las ruedas representa a Dios. A menos

que tengas a Dios en tu vida, no puedes ir a ninguna parte.

El joven quedó pensando por un tiempo y después dijo:

—Tienes razón. Tengo un buen cuerpo, buena mente, tengo hasta juegos electrónicos, y todavía no me siento feliz. Me parece que debo estar con los neumáticos desinflados.

El muchacho entendió lo que Jesús quiso decir cuando afirmó: “Yo soy la vida”. Dicho de otro modo, él es nuestra felicidad.

En la vida necesitamos tener a Dios. Hasta puede parecer que su nombre suene extraño, pero a él no necesitas tenerle miedo. Dios nos ama. Envio a Jesús para que tengamos un concepto claro de como es él y dónde vive. Nos informó acerca del gran interés que Dios tiene en cada uno de nosotros y cuán especial nos considera. Jesús también explicó que él es la luz, para que nadie necesite padecer por el temor que genera la oscuridad del pecado. Contó además que es nuestro pan y el agua para que nunca tengamos ni hambre ni sed espiritual, mientras confiamos plenamente en él. Mediante la figura del buen pastor, ejemplificó con qué interés vela por nosotros en todo tiempo; de este modo, si lo seguimos, nunca nos perderemos porque él es el camino verdadero. Si tenemos luz, alimento, abrigo y protección, y si caminamos con él todos los días, disfrutaremos de la vida tanto en este mundo como en el venidero. Pronto vendrá para llevarnos.

¿Te alegran estas noticias? Sería bueno que agradezcamos ahora mismo a Jesús por ser un Dios tan grande, tan bueno y amoroso con nosotros. ¿Quieres decirle que lo amas? Te hará muy feliz, y por supuesto él también se alegrará con tu decisión.